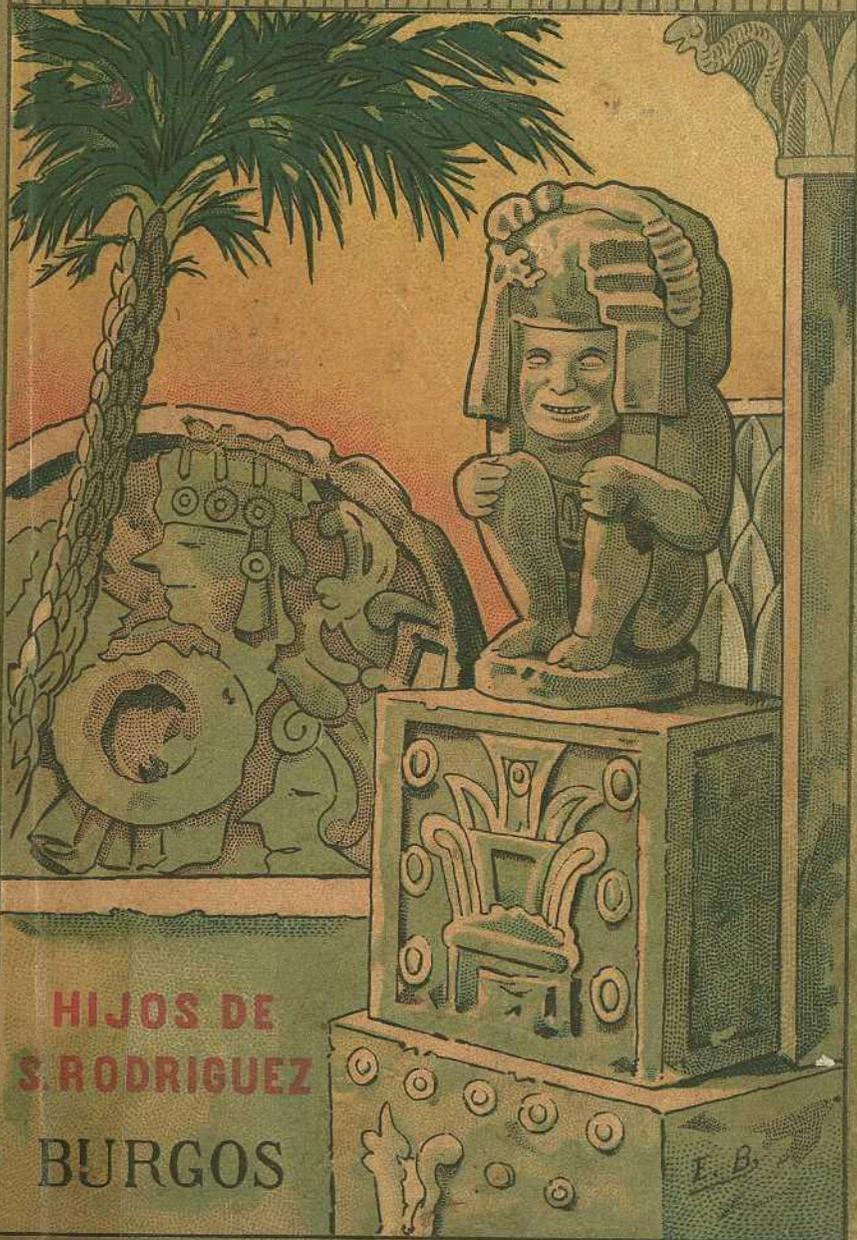


Cuentos Mexicanos



HIJOS DE
S. RODRIGUEZ
BURGOS

E. B.

9 24328

De Carmela de Larrocha

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA HISPANO-AMERICANA

CUENTOS MEXICANOS

ORIGINALES

INSPIRADOS EN LAS COSTUMBRES DE LOS ANTIGUOS MEXICA

POR

Angel Bueno

ILUSTRACIONES DE BARRIO

1905

BURGOS:

HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ,

Pasaje de la Flora, 12

MÉXICO:

RAMÓN DE S. N. ARALUCE,

Callejón de Santa Inés, núm. 5



R. 83736

Es propiedad de los editores.
Queda hecho el depósito que la
Ley marca.

*A la memoria
del que fué mi muy amado y res-
petado amigo, el eximio poeta*

D. Gaspar Núñez de Arce,
admirado por todo el mundo latino.

Angel Bueno.

Madrid, 1.º Enero 1905.

TLAL (1)

EL ENAMORADO

Á mi pequeño discípulo,
César Ranz y Beltrán.

Todos daban tal nombre abreviado al pequeño Tlaxochal, que en los doce años y en su desnudez completa, acostumbrada allí á su edad aún, mostraba el ideal tipo de raza de varoniles facciones hermosas, de grandes ojos negros muy vivos.

Muy vivos siempre aquellos ojos negros y grandes, ahora brillan y juguetean y se iluminan extraordinariamente, reflejando con el júbilo la impaciencia, con el deseo la

(1) Ver la nota al final de este y de cada uno de los otros cuentos.

pureza del sentimiento. Es que espera ansioso la llegada del ilustre guerrero, del padre á quien adora. Está allí hace dos largas horas ya, cuando el gentío inmenso lo va invadiendo todo; allí oculto entre el ramaje de uno de los grandes arcos que para recibir dignamente al ejército triunfador levantaron en la calzada amplia que atraviesa el lago; arcos adornados con vistosas flores y tules. Porque, sabiendo el triunfo conseguido, sólo pensó en la vuelta del amado padre; sólo se ocupó en ver levantar aquellas obras de verde follaje y tan adornaditas, que tan claramente le hablaban á él del deseado. Su único pensamiento luego en aquel gran día había sido el ya realizado en parte: ocultarse en sitio en que no siendo visto no se le pudiera echar; y en que pudiera estar así, como estaría, pegando con las filas de soldados que iban á pasar bajo los arcos; porque se lo ha dicho entusiasmado á su madre: ¡quiere ser el primero que le abraze!

Ya el sacerdocio, el *Tecuhtli* y su *Tlatocan*, los grandes dignatarios, cuanto elevado personaje quedó en la gran ciudad, llega en procesión solemnísimá á recibirlos;

todos con los ricos atavíos de las ceremonias grandes, y el *Tecuthli* en sus andas magníficas que los nobles llevan, bajo el riquísimo parasol de plumería irisada, de oro y piedras finas, que juguetea con la luz reflejada en cascada de primorosos cambios de color. Viene la comitiva ceremoniosa y grande por aquella calzada sobre el lago construída, ahora tan adornada y tan llena de gentes como luego las calles de la ciudad se ven, y como en buena parte se han visto los caminos del tránsito hasta las orillas del lago; llena de gentío inmenso, del pueblo en masa y de muchísimas personas de otros pueblos próximos que vinieron á recibir y vitorear al vencedor en su entrada triunfal. Ya el *Tecuthli* ha descendido de sus andas; y, apoyado en los hombros de los dos más grandes personajes cortesanos, y pisando por sobre las riquísimas mantas que se le tienden, ha adelantado algunos pasos para recibir el grande acatamiento que el general triunfador, el Delegado *Tlacatecuhtli*, del ejército le presta, arqueando reverente el cuerpo hasta tocar con el dedo medio de la diestra mano el suelo, dedo que luego se lleva á los labios,

siempre la vista baja. Ya le ha echado al cuello su brazo en señal de agradecimiento profundo, y subídose de nuevo luego á sus reales andas, y emprendido lentamente el camino de regreso, acompañado siempre de su gran cortejo y seguido del aclamado ejército, á quien sahuman con copal los *teopixque* á su paso, y á quien amén los gritos de entusiastas aclamaciones regalan las gentes con hermosas rosas que en *chinampas* se criaron; y precedido de los *teopixque* músicos que en estruendosa marcha tocan caracoles y bocinas, tortugones y *tepanatlí* y *huehuetl*. Las gentes numerosísimas, en abigarrado conjunto de color y forma, acompañan por ambos extremos de la calzada á pié; y también por ambas orillas sobre múltiples canoas muy bien adornadas con ramaje, flores y banderillas.

Tlal, el hermoso Tlal, observa desde su escondite todo aquello á sus anchas. Naturalmente curioso y alegre é inquieto en grado sumo, inmóvil ahora y emocionado profundamente espera sin darse cuenta exacta de aquella maravilla de color y luz y vida y entusiasmo, como reservándose el desbor-

damiento del goce á la vista dichosísima del
esperado padre; por eso, hasta que á su lado
llegue el tan tierno y profundamente amado,



sólo como ensueño precursor de la realidad
mira cuanto á su vista va desarrollándose.
¡El primer abrazo, el primer beso, la primer
rosa que reciba, han de ser los suyos, los de

su queridísimo Tlal!...; piensa él únicamente, esperando impacientísimo.

¡Con qué íntimo afán clava su vista en las filas que lentamente avanzan!... Él vendrá al frente de su escuadrón; porque es *telpuchtlató*. Y cuando por bajo aquel arco pase, él, ligero como el coyotl cuando sobre su débil presa se arroja se le tirará él al cuello, y le abrazará y besará mil veces, y le seguirá al lado, detrás, en la canoa de algún conocido... ¡No importa! ¡La gran cuestión es esa de darle el primer abrazo, el primer beso, la primera rosa que reciba tras el triunfo en la imperial ciudad!...

¡Pobre Tlal! ¡Pobre niño tan tierna y grande y puramente enamorado!: Mirando, mirando con afán creciente á los que pasan, ha convertido el goce íntimo en impaciencia, luego en angustiosa desazón, después en terrible intranquilidad, por último en llanto amargo de muy dolorosa desilusión, de cruelísimo desengaño... ¡Ha pasado todo el ejército, escuadrón por escuadrón!... ¡Han pasado los muchísimos cautivos, con los collares puestos, escoltados por especial y numerosa guardia, y cantando tristes canciones de su

perdida patria!... ¡Todo ha pasado y él no!... ¡No viene su padre idolatrado!... Y no pudo él dejarlo pasar sin verle, porque le buscaba entre las filas con su corazón amante, que á cada nuevo jefe que pasó le dió un fuerte latido como si quisiera escapársele del pecho!... ¡No, no ha venido!...

El pobrecillo Tlal, angustiadísimo, abatido como quien esperanza grande por tanto tiempo alimentada perdió en instante de cruel contratiempo, camina ya entre los últimos grupos apretados sin ver ni oír nada de la fiesta hermosa. ¡Qué le importa á él ya todo aquello con qué tanto pensó gozar!... El canto y toque de guerrero triunfo, le llevan al alma confusas notas fúnebres que le repiten:—¡No vino! ¡No vino! ¡No vino!...— ¡El espléndido cuadro de luz y color y alegría, se le ofrece como luptuosos preparativos que le hablan de su muerte!... ¡El rico olor de copal y rosas que á sus narices llega, le trae tufo cadavérico!...

¡Pobre chiquito!... ¡Pobre niño tan tierna y grande y puramente enamorado!... No pregunta á nadie por su padre, porque tiene miedo de saber lo que sin duda pasó.

—¡Pobre Tlal, hijito mío!— Le ha dicho la dulce madre, abrazándole y besándole cuando le vió entrar en casa!—¡Pobrecito mío! ¡Como sin luz el día quedaste tú al no verle llegar! ¿Verdad?... También mi corazón se anubló, mi querido hijito, pero me le ha dado luz la divina *Xochiquetzal*. Por eso me ves esperanzosa, y quiero que igualmente lo estés tú. Pregunté: más de veinte jefes del ejército quedaron atrás, en cumplimiento de un servicio reservado. Vendrán mañana. Tu padre es entre ellos, sin duda. ¡Vendrá!... ¡Vendrá mañana, y le podrás abrazar!... ¡Vamos, hijo mío! ¡Alegra esos ojillos!...—

¡Los hermosos ojos negros de Tlal no se animaron!... Relucían, sí, pero no con el brillo de siempre—clara fuente retratando juguetona en su dichosa tranquilidad las hermosas formas y matices de primavera alborada—; sino con el húmedo fulgor mortecino de íntima pena, que en vano se trata de desechar. No le replicó nada, no; pero pensó bien que ella le diría todo aquello por no desconsolarle más; que no sentiría la cosa tal como dijo... ¡Cuando lo besó apasionada, sintió bien en sus frescos labios el ardor y

tembloreo de los maternos; la lágrima furtiva, fuertemente salada y cálida, que á ellos le llegó!

El pobrecillo pasó mortal noche... ¿Hay acaso más hondo penar que el tierno y puro y amargo desconsuelo de un niño sentimental en sus doce años?... Impresión de fuegos-fátuos, se desvanece pronto; pero antes penetra el alma y la subyuga y embarga y enloquece. Si como el rayo es fugaz, como él yende el corazón más duro; aquél, el corazón de tronco añoso que resistió siglos el embate furioso de huracanados vientos; éste, el de hombre empedernido que no se conmovió ante los mayores esfuerzos de la inteligencia noble.

Nada se dijeron madre é hijo, y temerosos esperaron. Nada sabían sobre cuándo habrían de llegar los retrasados; nadie llegaba á decirselo, y ellos no querían salir para preguntar ó para que cualquiera les adelantara con su noticia el martirio. ¡Porque temían, sí, pero esperaban!... ¡Esperar! ¡Esperar!... ¡Qué consuelo tan dulce en la más amarga pena!

Ella espera inquieta... Vendrá á regocijar

con su presencia la casa, vendrá á dar nuevo fuego á los apagados ojos... Y le esperarán allí, porque salir á esperarle puede ser perder la última ilusión... ¡Está decidida!... ¡Pero y si se llegan los sacerdotes encargados de celebrar las exequias que á los muertos en campaña se hacen, y allí solitos en su gran silencio les dicen que murió?... ¡No, no lo quiere pensar!...

Y sin embargo, hace tiempo que se viene escuchando apagado y ronco son desapacible y fúnebre, que cada vez acrecienta como si cada vez más próximo fuera producido!... ¡Y acaba por oírse distintamente, entre lejanos ahogados gritos de dolor, el lúgubre canto y el destemplado é imponente golpeo á compás del *teponahтли* y el *huehuettl*.

Tlal, con mortal angustia y cuando ya distintamente se oye en pavoroso concierto el gemir y gritar, el desapacible son y la canturía fúnebre, dice triste y cobardemente:

—¡Los sacerdotes andan ya cantando á los muertos en la guerra!...—

—¡Sí, hijo mío! ¡Cumplen ya su misión sagrada! ¡Son ellos que recorren las casas de las pobres viudas y de los pobrecitos

huérfanos á quien la guerra maldecida, con sus garras de *cuauhtli* y dientes de *coyotl*, acaba de robar la querida prenda!... ¡Pídeles, pídeles á nuestros amados dioses que no nos toque hoy llorar á nosotros también!...—

Rezar si que rezó el niño, y con muchísimo fervor; pero no ciertamente porque esperara... Cuando el día antes no le vió llegar, algo le dió en el corazón amante, algo que no podía engañarle, sobre su muerte!...

Profundamente conmovidos, por el dolor más vivo trastornados, han visto ambos alzar pausadamente el *petate* que la entrada cubre, avanzar majestuosamente al anciano sacerdote, de otros varios seguidos, quedar á la puerta muchas gentes... Tlal, aterrorizado, se arroja en los brazos de su madre sin consuelo. El anciano pronuncia su discurso terrible y hermoso: —¡Hija mía, que no te consuma la tristeza! ¡Que no acaben contigo las lamentaciones! Te traigo los últimos suspiros, las últimas lágrimas del que en vida fué tu amparo!... ¡Llora, llora tu bien perdido! ¡Siente su muerte, que justo es sentirla!... Pero piensa bien en que pereció en

honra y defensa de la Patria, por lo que cerca de *Tonatiuch* está ya, y en su casa, en el Sol vive, y ataviado de luz esplendorosa anda ya en su compañía por el Cielo. ¡De él habrá eterna memoria! ¡Lórale con tu hijo!...



¡Llorad vuestra desgracia y aflicción, pero no olvidéis que murió honrado, y que honrado vivirá eternamente en la adorable compañía de *Tonatiuch!*—

Salió el cortejo fúnebre, y en tierno y

patético abrazo unidos permanecían aún aquellos dos seres cuyas almas en una sola fundió hasta entonces el amor y ahora nuevamente confundía el dolor.

Lloran en silencio; en silencio se humedecen sus juntos semblantes; en silencio que no interrumpe nadie, pues las dos mujeres que quedaron allí sin duda con ánimo de dar consuelo, como observaran pasado un rato la santidad del dolor de aquellas criaturas que oraban llorando, por no interrumpir el sublime rezo de lágrimas silenciosas marcharon fuera, con ánimo de volver más tarde.

De pronto el niño se levanta del maternal regazo, y limpia con el dorso de su diestra las últimas lágrimas que empañan sus ojos; sus hermosísimos ojos negros, que no retratan ya la tranquilidad sonriente de primaveral alborada, ni aún siquiera brillan con el húmedo fulgor de tristeza íntima; porque ahora llamean fuego santo de muy honda indignación... ¡Ah! ¡Cuán bien expresan los afectos del alma virginal los ojos parleros de un niño que siente bien!... Acompañando con tonante voz los fulgores centelleantes, dice exaltado:

—¡Quién, quién mató á mi padre!...—

—Los *chalca*; los malditos *chalca*, hijo mío, nos dejaron sin él!—

—¡Y puedo yo ir allá, acompañarle!...—

—Sólo de un único modo: muriendo como él, por la Patria.—

—¡Madre!... ¡Madre mía!... ¡Juro por el bendito *Huitzilopochtli*, el dios de la guerra, y por el de los guerreros, *Paynal*, que moriré por la patria, matando á los malditos que nos dejaron sin consuelo!—

—¡Oh!... ¡No, hijo mío del alma!... ¡Morir tú también!... ¡Separarte por siempre de mi lado como él!... ¡Como él, que era mi consuelo, nuestro consuelo y amparo!... ¡Oh, no!... ¡Quién cuidará de mí en la vejez?... ¡No, hijo mío, no quiero!...—

Y la infeliz lo apretujaba contra el pecho como si se le fuera á robar temida visión.

Tlal no añadió una palabra; pero su ojos siguieron buen rato relampagueando, hasta que las lágrimas vinieron á endulzar de nuevo sus ardores.

La madre se hizo fuerte: era preciso acudir á la gran plaza para ceremoniar al dios Sol; se oía ya la canturia comenzada. Púsose

al cuello el *maxtli* más lujoso del difunto esposo, y entregó al pequeño sus *bezotes* y armas; y de este modo, como de rigor era hacerlo en tal caso, se presentaron al concurso, que como á toda otra viuda y á todo otro huérfano los recibió á ellos con grandes lamentos. Los sacerdotes cantores gemían y cantaban tristemente al son del *teponachtli*; y ellos, dentro de su respectivo grupo, lloran y bailan y dan grandes palmadas inclinándose y andando hacia atrás.

Cuatro días pasados en tal forma de duelo, trajeron la ceremonia de incineración: representados por groseras estatuas de palo, con lujo ataviadas y con alas de gavilán (por remontarse éste al Sol en su vuelo), se quemó á los muertos en campaña ante sus familias, no sin haberles hecho ofrendas de alimentos para el gran viaje, regando el suelo con rosas, y sahumar con copal, cantar, bailar... Después de quemadas las estatuas, un viejo sacerdote puso fin á la ceremonia diciendo:—¡Hermanas é hijos míos!: ¡Esforzaos! ¡Ensanchad vuestros corazones!... ¡Ya los dejamos! ¡Se fueron para siempre! ¡No penséis en volver á verlos!... Vosotras,

barred, tejed, y esperad en el Señor del día y la noche, del fuego y del aire! ¡Y vosotros, pelead y morid noblemente en su agrado!...



Tlal, el pequeño y hermoso Tlal, tuvo un pensamiento fijo: nada niño en ésto, de tal modo le conmovió las entrañas el hecho de perder á su padre amadísimo que, lejos de olvidarlo pronto como se suele á su edad todo, no se veía él libre del recuerdo triste, repitiendo en su interior á cada instante el juramento hecho á la madre.

Por protegerla en algo y dar al chicuelo porvenir, un tío comerciante y rico le propuso llevárselo con él en expedición próxima. Ella consintió á duras penas, vencién-dola al fin los razonamientos del pariente, la confianza absoluta que en él tenía, y el deseo noble de crear al hijo un bienestar, alejándole de los campos de batalla.

Duró aquel viaje cerca de un año, recorriéndose el acostumbrado itinerario y haciéndose en cada pueblo del tránsito muchos cambios múltiples.

Tlal no pensaba en los objetos cambiados, en las utilidades, en lo referente á la comenzada ocupación, como le aconsejaba el buen tío cariñoso: dormido ó despierto, contemplaba su única visión, que lo llevaba todo al amadísimo padre en el campo de batalla, el noble pecho mexica atravesado por traidora flecha; y el único pensamiento dominador suyo era el de morir peleando contra aquellos hombres malos, contra los malditos *chalca*, que se lo mataron... Y luego le veía allá arriba, en el inmenso *campo de turquesas*, curado y alegre y activísimo, acompañando en su vespertino paseo al dios Sol, y tendiéndole siempre los amantes brazos forzudos mientras con sin igual dulzura le decía: —¡Ven, hijo mío!: ¡Ven á mi lado!—Respondiéndole él con todo el entusiasmo de su noble almita:—¡Sí, padre amado!..... ¡Espera! ¡Espera, que pronto iré!...—

Tenía lo que amonestar el tío porque, lejos de ocuparse en aprender su incipiente profesión, entretenía á los cargadores con el singular atractivo de su charla dulce para que le explicaran cosas de guerra. ¡Todo lo quería él

saber!: organización del ejército, modo de guerrear en campo abierto, sorpresas, asaltos, ardidés... Apenas sí aprendió en todo aquel largo tiempo en cosas del comercio, ¡pero cuánto sabía al final de él sobre la guerra!...

Cuando de regreso estuvo en su casa, ya en la invicta *Tenochtitlán* se hablaba mucho de la inevitable nueva guerra próxima contra los Chalca; y á él se le encandilaron los hermosos ojos negros, se le enardeció el corazóncillo amante. La cosa era esta vez muy seria; se hacían grandes preparativos, porque se sabía de ellos que los tenían ya hechos; y se apresuraban tales preliminares de guerra porque se supo que los Chalca estaban dispuestos ya á lanzarse muy en breve sobre Tenochtitlán. Ya el *Mexicatecuhtli* había enviado embajadas á los reyes coaligados y á los señores tributarios para que se dispusieran á prestar su auxilio, pues que el *Tlatocan* declaró ya la guerra y esta fué como siempre publicada en los cuatro *calpulli*. Ya el movimiento es grande en todas partes, reuniéndose guerreros, armas y municiones, en el ordenar y disponer de los inteligentes y activos *calpixque*.



Tlal, regocijado íntimamente, no perdona medio de ver y oír y observar, y se impresionaba en grande cuando en el gran *teocalli* escuchaba las invocaciones sacerdotales:—¡Es justo morir en la guerra, porque para eso fué creado el valiente! Tú, dios de las batallas, permites que los que en la guerra mueren sean en la casa del Sol recibidos, y allí aposentados entre los valientes, con amor y honra. ¡Dales, pues, á estos tus hijos valor y osadía para recibir alegres la muerte, sin temor á las armas enemigas!—

—¡Sí!...—Piensa el pequeño, estremeciéndose por sacudida nerviosa.—¡Qué felicidad!... ¡Morir por la Patria, derrotar á esos malditos, marchar para siempre allá, á su lado!...—

El cuerpo de comerciantes-guerreros salió á practicar sus reconocimientos en el campo enemigo; y él, burlando vigilancias maternas (que algo presentía ó sospechaba ú observaba la madre en su fino instinto amante), logró escapar con ellos.

Camaron en el sigilo y misterio acostumbrados y precisos en tales casos, y el pequeño inteligente les sirvió de mucho en

sus operaciones: de imaginación viva, reflexivo, valiente, astuto, muy activo, entusiasmado por completo, él fué quien realizó la arriesgadísima empresa de poner ofrendas de bolas de copal y armas al dios de la guerra junto á los muros de la fortaleza piramidal que primeramente se había de asaltar.

El *Mexicatecuhtli*, conociendo ya por medio de tal cuerpo de avanzada las disposiciones y planos de la fortificación enemiga, mandó publicar para la mañana próxima el *albazo*. Porque el ejército estaba ya acampado cerca de Chalco, y aún el pequeño Tlal llegó allí aquella tarde con los suyos á tiempo de presenciar el magnífico espectáculo de la llegada de las tropas. Venían cual siempre en marcha ordenada, repartidos en seis grandes divisiones que mandaban los dos reyes de Texcoco y Tlacopán, y los cuatro jefes superiores del ejército mexica; todos á las supremas órdenes del *Tlacatecuhtli* ó generalísimo, el rey de México. A su vez, cada división venía fraccionada en grandes agrupaciones con sus jefes respectivos, distinguiéndose una de otras

por el color distinto del gran sayal con que se cubría el jefe y del pintado cuerpo de los soldados que á él correspondía, y por la bandera también distinta que los propios jefes llevaban á la espalda. Las caras de todos pintadas de rojo, amarillo ó negro; las de los distinguidos con fuertes rayas además para imponer al enemigo con ello y con el pelo alborotado, que les daba aspecto fiero. A los rayos de aquel espléndido Sol poniente, brillaban con cambiados y múltiples tonos hermosísimos las armas, los *chimalli*, la rica plumería ondulante de penachos y banderas; todo ello en los jefes salpicado (como el sayón y casco) de oro, joyas, pedrería y espejuelos de pirta deslumbradores. Y el estado mayor y superiores jefes embutidos en sus vistosas pieles de tigre, de león, de aparentes águilas, completando el traje guerrero con su casco original en que la cabeza aparecía dentro de las fauces de la fiera. Y completando el hermoso cuadro de luz y color, los numerosísimos cargadores del bagaje, y las no menos numerosas mujeres con su vistoso traje...; la mujer que acompaña al marido para asistirle en salud,

preparándole el descanso y alimento; que le cuida si herido es; que le llora en silencio si muerto; que jamás le desanima ni acobarda... ¡Sí! El espectáculo era, en verdad, magnífico; y el niño lo contempló todo entusiasmado, enardecido.

Acamparon con ligeras fortificaciones para evitar toda sorpresa, y con sus tiendas de lonas y carrizos, y para los jefes de ricas pieles y mantas. Colocáronse en sus puestos centinelas y avanzadas, y se esperó así la orden de partir entre la noche para sorprender la fortaleza enemiga á la llegada del alba.

Los centinelas y avanzadas vigilaban..... ¡Él también! Vigilaba Tlal, y pensaba, y sigilosamente se alejó del campamento, llevando envoltorio pequeño en una piel. Recordando bien el camino seguido la noche antes, avanzó precabido, huyendo de la calzada. Así, tras marcha penosa por lo recatada, llegó á dar vista á la fortaleza piramidal. Como culebra se arrastró luego, sin hacer ruido, entre la maleza, entre los maizales después, hasta situarse muy próximo á la pirámide; y allí esperó bien oculto, poniendo vista y oído al servicio del espionaje.

No tardó en ver descender por la gradería dos humanas formas; y conteniendo el resuello, sin moverse, escuchó y miró.

—¿Preparaste todo según mis órdenes?—

—Sí, *gran tecuhli*: Se abrieron en la calzada que delante tienes, paso obligado del ejército mexica, los tres grandes fosos á distancias de 100 pasos, clavando numerosas y agudas estacas en el fondo, y disimulándolo con frágiles cubiertas de carrizo y tierra; y en el cercano monte de tu izquierda, embosqué los 3000 hombres que mandaste. Tus enemigos, señor, sucumbirán sin remedio esta vez.

—Está bien. Será una cacería muy agradable, que yo, con mi estado mayor, presenciare aquí. ¡Si! Destruiremos á esos malditos, que son muchos según noticias de nuestros expertos espías, y nos preparan sorpresa de albazo. ¡Qué engañado estás, *Mexicatecuhli*!... ¡Quieres sorprender al coyotl en su madriguera, y el coyotl te ha tendido trampas en que con los tuyos has de caer irremisiblemente! Sin esfuerzos ni pérdidas los derrotaremos. Haz que otros 2000 hombres ocupen el frente de este fuerte, y prepara aún de reserva otros 2000; porque no quiero que

se salve ni uno de los que escapar pudieran de los fosos y la emboscada.—

Esto lo decía ya el rey Chalca ascendiendo por la escalinata con su jefe. ¡A Tlal se le heló la sangre en las venas!... ¡Qué bien hizo en venir! ¡Ya se figuró él que sería muy útil aquel peligrosísimo espionaje último, solitario... —¡Ah, maldito Chalca! Tú me quedaste sin padre, pero el pequeño huérfano le vengará!... — Era preciso volver allá enseguida, dar parte de los grandísimos peligros que los suyos corrían, evitarlos á todo trance... ¡Y era tan urgente y tan difícil ir allá, cumplir su misión sagrada, y volver acá, sin ser descubierto y muerto!... ¡Volver acá, si; pues él tenía su proyecto formado!

Valeroso, decidido, intrépido, evitando toda imprudencia que lo delatara, huyendo de la calzada y el bosquecillo, pudo llegar hasta las avanzadas de los suyos. Alguien lo descubrió y se dispuso á asañarlo, pero él se dió buena prisa á sacar de su envoltorio de piel una bandera que agitó en el aire, corriendo hacia ellos; se le reconoció al fin, se corrió la voz de que se trataba del valeroso y pequeño espía, y suponiéndole con

misión secreta, y sobre todo admirándole con el respeto que el valor impone, le escucharon atentamente.

—¡Pronto, pronto! ¡Los momentos son contados! ¡Me falta apenas el tiempo preciso para volver allá, en donde aún tengo mucho que hacer. ¡Dadme un buen arco y un carcaj repleto de dardos!... ¡Ay de vosotros, si no cumplís al pie de la letra mis encargos; porque todos moriréis como el coyotl en trampa!... Avisad enseguida al *Mexicatecuhtli*: esos malditos han abierto en la calzada 4 anchos fosos estacados en el fondo; que aparte, pues, del camino al ejército, buen espacio antes de llegar al monte que á vuestra derecha encontraréis; ni por aquella parte vayáis, pues se os prepara emboscada grande; id siempre por la izquierda vuestra. Y por último, entre los grandes maizales permaneced bien ocultos, ya cerca de la fortaleza, hasta el alba, esperando siempre son de combate que os conmueva; entonces arrojáos al asalto decididos, fieros; pues tal señal os anunciará que el rey Chalca fué muerto, y nuestro será entonces el triunfo.—

No dijo más el niño, y corrió, corrió, con

su envoltorio de piel, desapareciendo en breve. Se trasmitió enseguida su noticia al tecuhtlí mexicano, quien, lleno de reconocimiento hacía el pequeño, lo dispuso todo según sus noticias é instruc-

ciones; y en breve, muy en breve, se trasmitió

la orden de partir,

pues que ahora

era preciso mu-

cho tiempo pa-

ra acercarse

con el preciso

desvío y sigilo

á la fortaleza,

para situarse

bien y esperar.

El rey se colgó

al cuello su pe-

queño y riquísi-

mo *teponachtli* de

oro, y no pudo ha-

cer igual con el temible, con el expantable

caracol de combate, porque, con gran extra-

ñeza general, había desaparecido de la tienda.

El niño, en tanto, fué marchando, mejor



deslizándose cautelosamente por sembrados y veredas, estando muy expuesto á ser sorprendido en más de una ocasión; pero su astucia y serenidad lo salvaron; y siempre conduciéndose lejos de los sabidos peligros, llegó al fin allá. Un confuso rumor lejano le avisó que no dormían todos en la ciudad. ¡Era preciso aprovechar los instantes para no comprometer el éxito de la empresa! Por que si bien, lejos de importarle morir, la muerte iba buscando por vivir eternamente allá arriba con el padre amado, en la mansión del Sol, antes de morir había de hacer pagar cara la viudez de su madre y la propia orfandad suya, salvando al paso al ejército, haciendo que triunfaran los mexica, dando un día de gloria á la amadísima Patria.

Giró la vista en torno, y observó cuidadoso... El mejor sitio para realizar su propósito había de ser indudablemente un alto ahuehuate que por el lado por donde habían de venir los suyos se encontraba, no muy lejos de la pirámide. Y esto observado y pensado, con muy grandes precauciones, muy pausadamente, evitando movimientos bruscos, por no producir ruido y por ello ser des-

cubierto, se encaramó al árbol, se ocultó bien entre el follaje espléndido, miró por entre las hojas: Algo lejos estaba de donde el rey Chalca dijo se situaría; pero en verdad que él estaba poco práctico en el dirigir saetas, y el divino Huitzilopochtli, á quien había pedido guiara su mano, le ayudaría lo mismo de lejos que de cerca. Estaba bien oculto, bien libre de ser sorprendido, bien situado para observarlo todo... Vió venir, acercarse, á los suyos por el derrotero que él señaló á los centinelas, con gran orden y sigilo; veía á los chalca emboscados, impacientísimos agitándose en silencio porque nada sentían aún, siempre alertas, ni nada les comunicaban los acordonados vigías que á la larga y boca abajo observaban la línea de la calzada; vió llegar la reserva chalca y ocupar sus puestos en silencio; descender parte de la escalinata al tecuhtli con su estado mayor, y situarse convenientemente; vió á los suyos ocultarse entre la espesura de los altos maizales de la izquierda, con tal precaución que apenas si las plantas se valanceaban; vió ocultarse por último más cerca como á unos 500 hombres de sus avanzadas,

con el arco tendido y la flecha dispuesta.

En tanto, suavísima claridad comenzó á bañar el horizonte allá, muy lejos, y las estrellas fueron gradualmente perdiendo su brillo hacia el lado opuesto, y él rezaba en tanto fervoroso, pidiendo auxilio á sus dioses, mientras se hacía cargo de la impaciencia que dominaba á las numerosísimas gentes vistas: el tecuhtlí Chalca y sus acompañantes, esperando señal de triunfo y derrota; los emboscados allá alante, el ruido de ejército sigiloso que se acerca, las maldiciones en gritería estruendosa al verse cogidos en la trampa; la reserva, el momento de lanzarse en persecución de los salvados; su rey, el Mexicatecnhtli, con el grueso del ejército, que sus avanzadas se lanzaran al asalto para correr en su auxilio; las avanzadas, en fin, el momento en que resonara en los aires la señal de que el niño habló, prestos al ataque fiero.

Tlal, el heróico Tlal, sereno, animoso, recordando aquellas mágicas palabras oídas en el teocalli:— ¡Dichoso el que por tí en defensa de la Patria muere, porque contigo morará eternamente en tu casa del Firma-



mento!—; recordando que su amado padre fué matado, dejándoles en desconsuelo irremediable á su madre y á él, desenvolvió con gran cuidado los objetos que la piel ocultaba: la bandera, que colocó al alcance de su mano, entre el ramaje; el caracol real desaparecido de la tienda, el temible caracol, que se colgó al cuello; y el arco, que agarró con la izquierda; tomó con la derecha un dardo, forzó la cuerda, apuntó, pidió auxilio á los dioses y al padre, ofreció su acción á la Patria y al Rey, y disparó!...

La flecha, silbando, fué á dar en el plumero real; gran movimiento agitó al concurso en la escalinata. Pero muy en breve una segunda flecha vino á hundirse en el real pecho. Y en tanto que trataban de auxiliar al Chalca los suyos, el caracol del Mexicatecuhtli resonó allá arriba, en la tupida copa del ahuehuate, lanzando roncás notas que ponían espanto; mientras por entre las ramas se vió desplegar al viento la bandera mexicana. Las avanzadas se lanzaron con griterío infernal al asalto, las tropas regulares volaron en su auxilio, y seguían siempre allá arriba las espantables roncás notas, y la

bandera tremolando al viento, y el cuerpecillo del sublimado niño fuera del ramaje, como provocando la muerte, que de todas partes le anunciaba el agudo silbar y el cruzar rápido de la lluvia de flechas que se le vino encima. Pero fué cogido de improviso por robustos brazos, descendido del árbol, llevado á la tienda real, y allí curado y guardado hasta que muy pronto el triunfo fué completo; pues el *Mexicatecuhtli* dió órdenes expresas para libertarle así de todo peligro.

Su aclamación en triunfo fué entonces muy grande, como nunca se había visto aclamar á un muchacho. Él sentía vivamente no haber muerto como pensó allí, en el árbol, pues el padre lo esperaría; pero lo vió en sueños aquella noche, y de él recibió gran consuelo:—¡Espera, hijo mío, espera!... ¡Estás destinado para grandes cosas, y tu madre necesita amparo tuyo! ¡Seguro tienes el venir con el tiempo á mi lado!... —

*
* * *

El rey lo distinguió, consideró y agasajó como á príncipe, permitiéndole la mayor honra soñada: el llegar con la vista á su rostro en toda ocasión; y en los reales palacios fué aposentado con su madre, la cual se consoló enseguida con el triunfo magno de la mortal angustia sufrida. Recibió la más selecta educación guerrera, ejerció uno de los cargos más importantes en el Tlatocan y en el ejército, y su vida breve fué de grandes méritos; muriendo muy joven aún en campaña, por lo que, según sus creencias, trasportado fué como deseó al lado del padre á la región y morada del Sol.

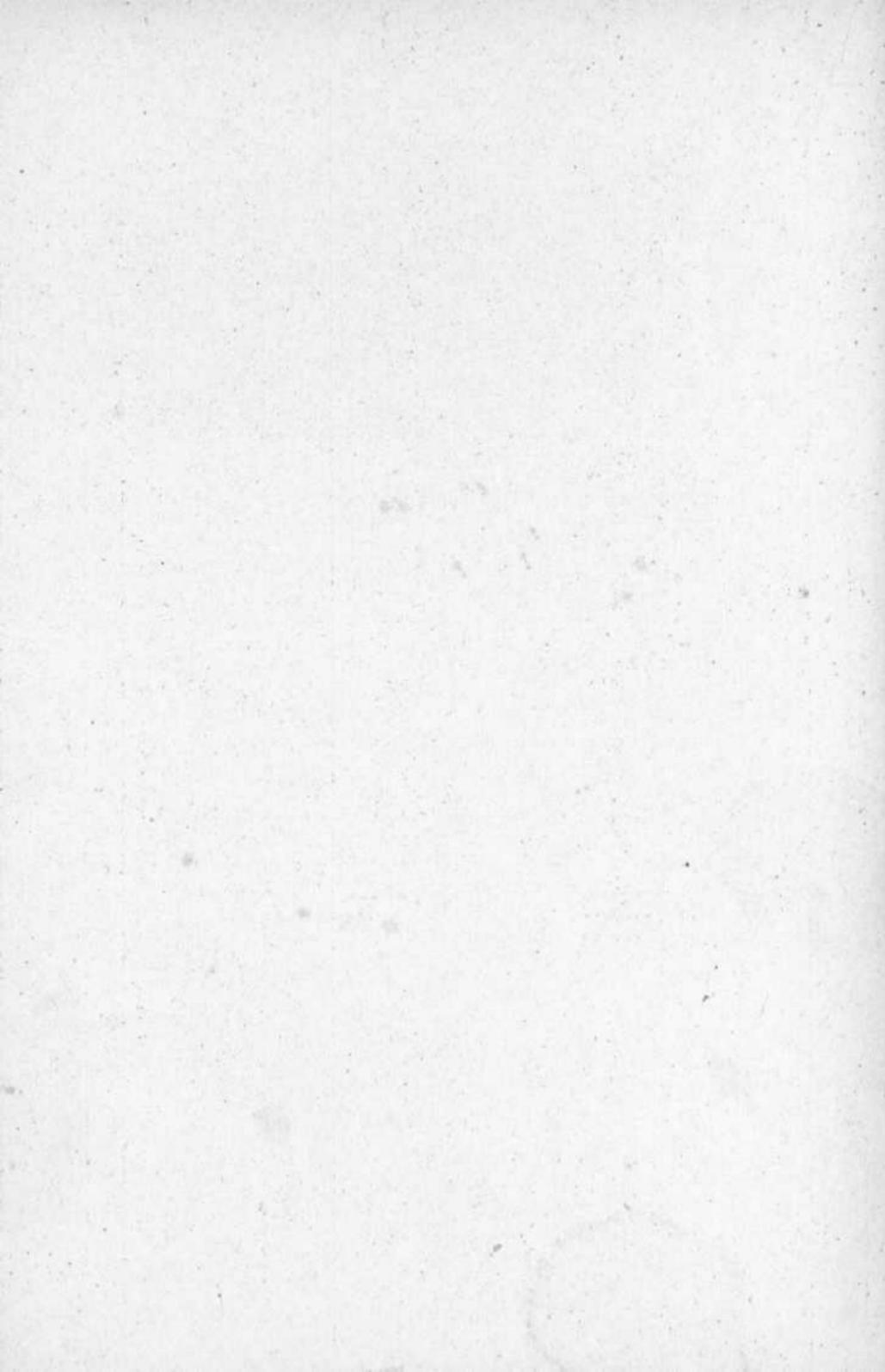
NOTAS.

El motivo de inspiración para este cuento, fué el modo de hacer las fúnebres exequias á los muertos en campaña, durante la época de esplendor de la corte mexicana.

Para la buena inteligencia de él, he aquí un pequeño vocabulario de los términos mexica empleados, con su correspondiente equivalencia.

<i>Tecuhtli</i> .—Rey.	guerra y supremo dios político.
<i>Tlacatecuhtli</i> .—Rey del ejército ó generalísimo.	<i>Tonatiuch</i> .—El dios del Alto, el Sol.
<i>Mexicatecuhtli</i> .—Rey de los Mexica.	<i>Paynal</i> .—Dios particular de los guerreros.
<i>Tlatocan</i> .—El Consejo real.	<i>Xochiquetzal</i> .—Diosa de la hermosura.
<i>Telpuchtlato</i> .—Jefe de escuadrón.	<i>Teponachtli y Huehuactl</i> .—Instrumentos de música.
<i>Calpulli</i> .—Barrio.	<i>Albazo</i> .—Sorpresa de guerra al amanecer.
<i>Calpixque</i> .—Administrador del Ejército.	<i>Chimalli</i> .—Escudo de guerra.
<i>Teopixque</i> .—Sacerdote.	<i>Maxtli</i> .—Tira bordada con que se ceñían la cintura.
<i>Teocalli</i> .—Templo.	<i>Chinampas</i> .—Huertos en los flotantes sobre la laguna.
<i>Tenochtitlán</i> .—Antiguo nombre de la ciudad-corte, México, compuesto del de su fundador <i>Tenoch</i> .	<i>Cuauhtli</i> .—Águila.
<i>Huitzilopochtli</i> .—Dios de la	





La sentencia de un mexicatl⁽¹⁾

Á mi queridísimo discípulo
Manuel Latorre Badillo.

Cuanhxochitl, el hermoso *Cuanhxochitl*, sereno y esforzado en la guerra como en la paz alegre y divertido y ante los dioses grave y humilde, de padres nobles venido, educado como tál en el *Calmécac* y como tál ocupando distinguido puesto en los ejércitos del *Anahuac*, está allí, en el extenso patio del *tecpan* real, esperando que le llegue el turno para ser medido por el gran *teopixque Cihuacoatl*, como los varios jóvenes ilustres que como él aguardan con el propio objeto; y espera con todos las evidentes

(1) Ver la nota al final del cuento.

muestras de impaciencia y angustia conque aguardar podría aquél á quien en sentencia próxima le fuera la vida.

Sí: es hermoso, de varonil hermosura; de talla algo corta—y el no contar con mayor estatura es toda su grande preocupación ahora, su desmedido temor y desconfianza —; el color de la piel un tanto cobrizo; bellos ojos negros, rasgados, expresivos, soñadores; pelo largo y trenzado coquetonamente; facciones de conjunto inspirando dulce simpatía atractiva; musculatura bien cuidada, y recia como de hombre acostumbrado al ejercicio físico y á los azares de la guerra, luciéndola casi por completo: únicamente cubierta la cintura por el hermoso *maxtli* ó ceñidor de finas labores en colores vivos y ornado con tornasoladas plumas; y sobre los hombros el corto manto, mejor la bella manta de algodón muy adornada también y anudada con gracia sobre el hombro derecho.

El *Cihuacoatl*, el gran sacerdote de la diosa de dioses (que el propio nombre lleva), se aproxima ya; es de regio aspecto; trae deslumbradoras vestiduras de gran ceremo-

nial y joyería riquísima; ya está junto al guapo mozo, que en actitud severa y un tanto esperanzosa aguarda muy estirado; ya coloca



ante él, apoyándola en el suelo, la sagrada vara muy adornada con grupos de flores: es la medida fiel exigida á todos aquellos que al servicio íntimo del rey de los mexica, del

Mexicatecuhtli, pretendían entrar, siempre que ellos fueran de noble extirpe.

Las miradas de todos aquellos otros jóvenes se clavaron en el semblante y el modelado cuerpo del interesante mancebo, en la adornada vara y mano veneranda del gran *Cihuacoatl*. Todos supieron en breve que le faltaba apenas un dedo de la talla que el rigor de las etiquetas palaciegas exigía para el solicitado cargo; y en el rostro de los unos se marcó secreta satisfacción, en el de la mayor parte compasión hacia él, porque le vieron palidecer y desconcertarse al perder con la prueba la confianza; impresión varia que se explica bien dado que el joven éste era el niño mimado de la Corte, de las jóvenes nobles, del *Calmeac*, del ejército.....; y adonde hay estimación por méritos, con la gran masa de gentes de buena voluntad que aplauden no deja de habitar la serpiente de la envidia que se retuerce y trata de lanzar su ponzoña. Pero eran más, mucho más, los que se lamentaban de su desilusión y fracaso; porque además de su virtud y talento y valor y galantería en todas ocasiones, era amigo digno y amantísimo, compañero ejem-

plarfísimo en todo; y sabiendo bien algunos pocos la honda pena que aquella decepción le produciría, la observaron en el bello rostro que desfalleció súbito. Por eso, enseguida que con su cortejo se retiró el *Cihuacoatl*, corrieron á consolarle con interés sumo sus íntimos, mientras en otro grupo el resto se reunió para hablar de sí mismos ó del mancebo desilusionado, no faltando alguno que le señalara con sonrisa de marcadísimo regocijo que á envidia trascendía, á maldad de espíritu.

Hacia su casa le acompañó luego el más íntimo, y así iban ambos hablando:— Mi amado *Cuanhxochitl*, valeroso y noble como el *ocelotl* que en tu *chimalli* ostentas: No te aflijas así, que cuando el mal viene derecho es preciso hacerle frente con serenidad y combatirle con esfuerzo, en lugar de como mujerzuela acobardarse y dejarse vencer sin resistencias.

—¿Y cómo quieres, amigo mío, que con serenidad pueda tomarlo? Tú sólo sabes mi secreto; á tí únicamente lo confié. La amo como á *Tezcatlipoca*, la divina señora dulce de la serena noche, que sobre el manto de

océlotl brilla derramando sobre nosotros luz suave!... La amo como á *Xochiquetzal*, la diosa de hermosura!... Porque bella y majestuosa, dulce y suave es la hija del esplendoroso *Mexicatecuhtli*, cual la más encantadora rosa de nuestras *chinampas*, como la incomparable reina divina del campo de turquesas!...

—¡Loco!... ¡Loco estás de amor!... ¿Y por qué te enamora te así, desdichado, de la seductora princesa? Harto sabes que nuestras leyes no permiten que nos unamos en matrimonio sino con aquella que nos elige el padre, si el suyo y ella aceptan la proposición. Y así, no entiendo cómo tú...—

—Pues que con tu lealtad completa cuento, sábetelo, amigo mío, que fui harto esperanzado por mi propio padre, como el tuyo ilustre *tlatoquí* real, y que sabes me ama como á las niñas de sus ojos. Observando cómo desde hace tiempo andaba pensativo, distraído, abatidísimo, díjome un día: —De amores prendado eres, hijo mío del corazón, y yo quisiera dar al tuyo consuelo para que no sufriera: que mal de amores sin esperanza, vida en muerte adelantada es. Cuéntame el secreto

que escondido guardas.— Señor y padre mio: verdad es lo que digiste; pero yo puse los ojos muy alto, y tú me tendrás ya destinada esposa.— ¡Cierto que sí!... Pero desde ahora te prometo pedir para tí aquella por quien de tal forma se turbaron tus límpidos y bellos ojos, que espejuelos de obsiñiana son en que tu padre se mira con delicia. Si las costumbres, si las leyes me dan autoridad y derecho de elección, no me prohíben afortunadamente que en la tuya recaiga la mfa. ¿Pero quién es la noble joven que así te atortoló, tan alta en dignidad según me indicaste?— Señor: el atrevimiento es grande. ¡Ruégote que le disculpes y perdones!... Me enamoré tan perdidamente de la hija de nuestro gran *tecuhtli*, de la sin par Zolzig.—

— ¡Se asustaría tu buen padre ante tal declaración!...—

— Sí. Y desconfió del éxito de la empresa... Pero acabó por animarme y decirme que como en él había de ser ya gran atrevimiento el hecho de solicitar la mano de la princesa para mí, veía preciso el que, antes de dar tan arriesgado paso, averiguara yo directamente si ella me quería; para lo cual el único

camino fuera entrar al servicio íntimo del *Tecuhtli*, pues entonces podía con paciencia y tiempo y astucia burlar un momento la vigilancia estrecha en que las hijas de los reyes viven desde que nacidos son hasta que contraen matrimonio. Por eso, amigo mío, en el cargo solicitado busqué el tal medio único de hablarla un solo instante, de poderle decir, siquiera por señas, que de amor me tiene muerto y que vivir sin ella no puedo; de ver si ella me corresponde!... ¡Y ya no me es dado buscar la ocasión, hacer la prueba, preparar mi felicidad!... ¡No hallas, pues, amigo mío, fundamento á mi gran pena, á la enorme aflicción que me consume? ¡Era la única esperanza de un amor tan puro como grande, puesto en ser de adquisición muy difícil para cualquier mortal!... ¡Y qué hacer ahora?... ¡Abandonar la ilusión, tanto fuera como perder la vida! Mantenerla sin esperanza alguna, tanto vale como vivir muriendo!...—

—¡Quisiera el cielo que por tu tranquilidad, amigo mío, no pusieras el corazón bondadoso en pecho tan encumbrado!... Pero pues que le depositaste en él, y vivir te es

difícil sin remontar el cuerpo adonde el pensamiento tienes, todo menos acobardarse y deserperar! ... ¡Ánimo! Afortunadamente, como uno de los tres que el gran *Cihuacoatl* aceptó como de talla justa entre los cuarenta y dos presentados, y en palacio y al servicio



íntimo del *Tecuhlli*, me tienes ya; y amándote siempre apasionadamente como el mejor de tus amigos, como un hermano bueno te amaría. Discurre y pensaré, y malo será que entre los dos no hallemos un medio de salir airosos del paso... ¡Quién sabe!... ¡Acaso

breve escrito entre las flores de un ramo ofrecido!...—

—¡Oh, loquillo y bondadosísimo imprudente!... ¿No recuerdas ya que nuestras leyes señalan pena de muerte, no sólo al que se introduce directa ó indirectamente cerca de las personas sagradas, de mujeres ó hijas del *tecuhtli*, sinó al que encubre, apadrina ó ó protege de cualquier modo tal cosa?—

—¡Es verdad!... En fin: por lo de ahora quédate con el bendito Huitzilopochtli, ya que á tu casa llegamos; y luego piensa, discurre, y comunicame en cuanto ocasión de ello tengas tus proyectos; que por un medio ú otro triunfaremos.



—¡Amigo mío, amado Cuanhxochitl!: recobra del *huitzizilin* la viveza, y el atrevimiento audaz del *cuauhtli* altanera!... ¡Triunfamos!... ¡Eres feliz!... ¡Te ama! ¡Te ama, y por ello estoy tan satisfecho y contento como si fuese yo mismo el agraciado. Bien es verdad que has tenido que esperar mucho, pero al fin y al cabo eres feliz!—

—¡Vamos, hombre!... Explícate, que no puedo concebir con claridad, adivinar lo que tus palabras revelan ya. ¿Pudiste hablar al corcobado guardián? ¿Te trajo él noticias de ella?...—

—¡Más! ¡Mucho más!... Escucha: Como acordado teníamos, busqué ocasiones en que demostrar al buen Sil, el íntimo guardián de nuestra reina, que le profeso sincero afecto porque él os le guarda á vosotros, á tu padre que lo trajo á Palacio. Me escuchó siempre con gusto grande, y se complacía en que le diera detalles de vosotros. Poco á poco logré así interesarle, cosa que me costó por cierto poco trabajo, pues (te repito sus palabras) verte y amarte es cosa única. Y bien; un día me atreví ya, á decirle cómo tú estabas perdidamente enamorado de la princesa, que sin ella vivir no puedes, que yo no puedo gozar un sólo momento hasta verte á tí feliz. Al pronto se asustó, se aterrорizó más bien, pues demasiado sabe que si descubierto fuera en lo más mínimo moriría en el propio instante; y él espera aún vivir cuanto la joven reina viva, pues por sus buenos servicios le tiene elegido para acom-

pañante en el eterno viaje, tras el honroso sacrificio. En tres ó cuatro días no logré verle más. Me huía, y temí. Le envié regalos y no se presentaba... Pero ayer, como cautivo que á los piés se llega del señor que lo apresara, se vino á mí y me dijo: Sobre mí triunfaste como el bello y bondadoso Cuanhxochitl sobre la encantadora princesa, mi señora!... Aunque temía la muerte, el agradecimiento hacia el padre y la compasión hacia el hijo, y por los dos muy acendrado amor sentido, me hicieron caer en tentación..... Dolíale á ella la cabeza, y su madre, nuestra reina, la hizo pasear por los jardines á hora desacostumbrada, solitaria y bajo mi custodia. Entonces, aprovechando la ocasión, el corazón fué en mí grande y la cabeza pequeña: porque deslizándome en conversación cual venenosa *cóatl*, á lo más hondo de sus entrañas, llegué con el lenguaje del amor á conmoverla, ya en el bosquecillo solitario; y cual pudiera hacerlo vieja avarienta, le hablé de llamaradas que incendian los corazones dulces á los 16 años!... ¡Sólo por él hice esto!... Ella me escuchó plácida porque, según me reveló después, amaba una ilusión,

un ensueño, un fantasma de su imaginación febril! Amaba á un joven que no conocía, de todos ponderado, de todos por lo oído



amado, como el león valiente y noble y majestuoso, atrevido y altanero como el *cuauhtli*, fiero y astuto como el *océlotl* en la guerra, y como la cándida tortolilla dulce y

amoroso y bondadosísimo en paz. ¡Ella daría por verle media vida! ¡Quería gozarse en la contemplación de aquel bello rostro, de aquellos ojos peregrinos, de aquella musculatura soberbia, que le habían dicho tenía el hijo del *Tlatoqui!*...—

—¡Divino *Huitzilopochtli!*...

—¡Sí, amigo mío!... Está de tí tan enamorada por lo casualmente oído una sola vez y por lo preguntado luego mil, como tú de ella lo estás por las mil veces justamente ponderadas belleza y talento y bondad de aquella á quien una sola vez viste. ¡Sí, amigo mío! ¡Te ama!... Se lo confesó ingenuamente, y ella misma le animó, le excitó, le obligó á dar detalles de tu persona y pasión. Prudente y juiciosa, le impidió buscarme, referirme lo hablado, hasta que viéndote ella se confirmara ó se rectificara en el juicio apasionadísimo que de tí formó. Sil, ingeniándose, logró que ella te viera á su sabor cuando ayer entrabas en palacio; y el resultado de la prueba fué decisivo: —¡Ve, le dijo— busca al amigo nuestro para que le diga á *Cuanhxochitl* que le amo tanto como él se merece ser amado; que tenga valor y con

esperanza viva; que muy pronto le proporcionaré medio de llegar á mí!—

—¡Oh, amigo mío! ¡Cuán feliz soy, y cuánto te debo!—

—¡A mí deberme!... ¡Sí! ¡Un abrazo que me lo vas á pagar ahora mismo!... ¡Así! Y ahora, á alegrar esa cara y á esperar tranquilo.

*
* *

La princesa no podía llegarse á la presencia del gran *tecuhtli*, su señor y padre, sino cuando éste era servido de llamarla á sí; y entonces aún, en ceremonial procesión iba á su presencia y ante él como ante divinidad estaba, con la vista baja y compostura servil, sin hablar por su cuenta nada, y sólo en breves palabras contestando á lo que preguntado le fuere. Pero si estas eran las generales relaciones frías con el padre, no por cierto así las mantenidas con la madre. ¿En qué sociedad humana no fué, es y será la reina, antes que tal reina madre de sus hijos? La madre, encarnación del cariño acendrado y puro, como encarnación suya son los hijos

amadísimos, fué entre las gentes mexicana como en todas partes, tiernísima y misericordiosa confidente de la hija atribulada. Ésta, como toda otra joven pura cuando se halla enamorada, abrió su corazón á la madre para que, viendo su pasión avasalladora, la consolara y se interesara por su causa. Y logró su inocente deseo vehementísimo porque la reina, como buena madre, amaba ante todo la felicidad de su hija única, y á todas horas temblaba que, llegado el momento crítico, su marido el *tecuhtli* le manifestara cómo le había sido pedida en matrimonio la hija, y cómo las conveniencias del Estado no le consentían renunciar aún en el supuesto de que á la princesa no pudiera hacerle gracia, aún en el caso de sospechar que él no pudiera hacer feliz á su mujer. Así, viendo que su hija puso el corazón en hijo de tan gran señor, en joven de cuyas grandes prendas personales el propio rey su marido le había hablado á ella con entusiasmo; viendo que ambos mancebos se amaban tan tiernamente, animaba prometiendo ayuda decidida.

En efecto, consiguió de su marido la reina que se celebrara el cumpleaños de la princesa

con fiesta extraordinaria, librándose en el gran patio del Sagrado Recinto un fingido combate entre los señores *Cuanhtli-Ocelotl*, premiándose el valor del más pujante con hermoso collar que la princesa colocaría al vencedor. El medio era ingenioso y seguro para disponer el real ánimo en favor del asunto: pues el *tecuhtli*—á quien imprudente fuera hablarle, ni aún la misma reina de amores concebidos, porque según las leyes del país libre no era ella de enamorarse—el *tecuhtli*, digo, sentía el placer más íntimo en aquellos fingidos hechos por ser su ardimiento grande; y máxime ahora que contra uso constante de la mexicana gente, se había dado *paz á la macana*; y mucho más habiéndose de librar la lucha entre individuos de aquella meritísima orden militar de que era perpétuo jefe.



Brillantísimo fué el espectáculo: Cubierto el piso del patio por deshojadas flores, las tribunas por grupos artísticos de ellas adornadas, y los señores en las tribunas acomodados con ramos de olorosas y bellas rosas

en la mano, lleno el cuerpo y el pelo de joyeles, luciendo ricas mantas y *maxtlis*. Una sola mujer había allí (porque la mujer no era participante de tales fiestas), y esto por excepción muy notable: la princesa, que en la tribuna real estaba colocada tras el *te-cuhtli*, entre el gran *teopixque* ó sacerdote *Cihuacoatl*, y el supremo *Teotecuhtli*.

La señal dada, rivalizando en esplendor de vestiduras, y en pujanza de bríos luego, se presentan los *Ocelo* y los *Cuauhtli*, manejando en certeros golpes y con habilidad extrema las macanas, en combinación admirable con el juego del defensor *chimalli*. La princesa tembló emocionada al divisar entre el grupo de combatientes á uno que llevaba como distintivo hermosa esmeralda en medio de la ancha cinta de cuero rojo que ceñía su frente. ¡Era él!...

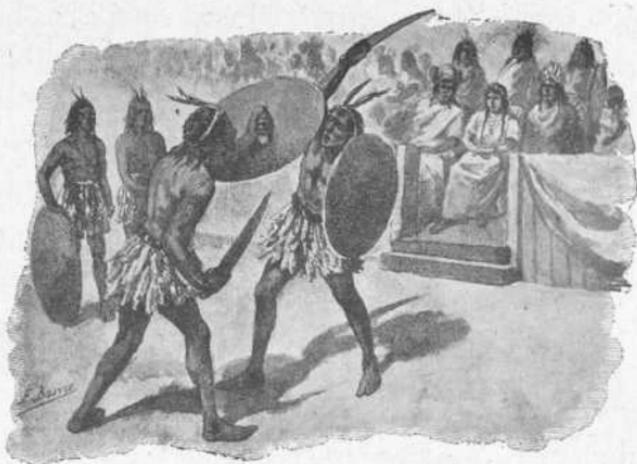
Según convenio anterior, iban retirándose de la lucha todos aquellos que fueron sucesivamente desarmados. Cuanhxochitl seguía siempre en ella, y espantoso griterío de aclamación seguía á cada uno de sus parciales triunfos: porque en él tenían puestos sus esperanzas el *Calmécac* por la virtud de

vida que observaba, el *Tlatocan* por sus grandes talentos, el Ejército por su valor y astucia é intrepidez, y todos cuantos tenían buena voluntad por sus manifiestas bondades.

Hubo un momento de mortal angustia, porque se vió cómo era acometido con fiera saña por uno de los otros tres combatientes que únicamente ya quedaban armados; clara manifestación hacía de ello, como Cuanhxochitl de permanecer á la defensiva, de no querer atacarle sin duda por respeto al rey, por veneración al lugar, más aún sin duda por meditar que aquello no era acción de guerra en campo de batalla sino fiesta de simulacro. Al principio se creyó que desmayaba, que cedía. Quedando ya por simples espectadores los otros dos combatientes, la impaciencia y la angustia y la admiración y la indignación á un tiempo se hizo general, levantándose de sus asientos los señores. Alguien oyó diálogo breve que rápido se cruzó entre los dos jóvenes:—¿Por qué así me atacas fiero, cuando sólo por probar condiciones guerreras y por agrandar al tecuhtli luchamos?—¡No puedo soportar la admiración y el aplauso de que eres objeto, y en-

cienden mi sangre los que así te victorean!
—Nada malo te hice! —Lo sé, pero me es-
torbas! ¡Con tu muerte, mi valor que ahora
oscurece el tuyo, será ensalzado debidamen-
te! —¡Yo no he de herirte! —¡Pues yo tiró
á matarte!—

Y siguió la lucha, y la espectación angus-



tiosa siguió, y el uno furiosamente arremetía
mientras el otro se conformaba con parar
los golpes, y ambos se mostraban habilísimos
en el singular combate. Hasta que de pronto
angustioso grito se escapó de un pecho;
Cuanhxochitl cayó al suelo de un fuerte
golpe de macana que no logró contener
debidamente, y la princesa desmayada fué

en brazos del venerable y anciano *Teotecuhtli*, dándole aire un esclavo con gran abanico de plumería rica. De orden del *tecuhtli* se recogió al herido, se aprehendió al ofensor, y ambos fueron llevados ante su real persona, que terriblemente serio habló al nobilísimo joven ofensor para recriminarle su barbarie y sentenciarlo á muerte; pero dispuesto ya á ordenar la ejecución, cuando abriendo los ojos el bello Cuanhxochitl el soberano acudió á él para interesarse muy expresivamente por su vida. Un fuerte desmayo que el golpe fiero produjo; una contusión de que podría salvar en breve, según opinión del sacerdote-médico que le observaba... Ya vuelta en sí la princesa lo contempla apasionadamente, aún más muerta que viva, y el *tecuhtli* satisfechísimo del aspecto del joven le dice:

—Valeroso Cuanhxochitl, á nuestro divino Tlaloc pido por la conservación de tu preciosa vida, por tu buena salud. Aquí tienes á quien á las puertas de la muerte puso tu existencia, confesando que nada le hiciste para así convertir bárbaramente la fiesta en duelo. A tu disposición completa queda;

solo se aguarda tu sentencia para ser ejecutada, pues quiero que ejerzas de juez en este caso. ¡Condénalo á tu placer, y pronto, que mi real persona y la concurrencia toda esperamos impacientes!—

—¡Señor!: Pues que me concedéis la alta honra de sentenciar á este hombre que, como él confiesa quiso matarme sin yo hacerle mal alguno, le condeno... ¡Le condeno á darme un abrazo de buen amigo, á llamarle yo hermano del corazón, y á que tú le asciendas en nuestra nobilísima arma un puesto, que se ha ganado hoy por el arrojo en la pelea y su destreza sin igual en el ataque!—

—¡Viva Cuanhxochitl! ¡Viva el modelo de los jóvenes mexica!...—

—¡Cuán bella es tu alma, Cuanhxochitl! ¡No en vano se ponen tan alto tus virtudes como tus prendas militares! Siento mucho que no pague su traición aleve, pero pues que en la causa te hice absoluto juez, cúmplase tu sentencia!... Y tú, hija mía, baja de tu asiento á colocarle en el cuello esa joya conque premiar el triunfo pretendías; que de triunfar hubiera con su macana de haberlo así querido; y cuando no, y sobre eso, triunfó

de la sabrosísima pasión de la venganza, victoria mil veces mayor que la alcanzada sobre el enemigo armado.—

Al obedecer la paternal orden, radiante de felicidad, descubrió el *tecuhtli* su amor oculto en el temblor nervioso de su cuerpo, las encendidas rosas de sus mejillas, los ojos preñados de lágrimas; y más cuando, al colocarle el collar, llegó en levisimo murmullo á sus reales oídos esta frase: — ¡Te amo con todo mi corazón!...—

Impresionado hondamente el soberano, habló breve con los Sumos y con el padre de Cuanhxochitl, y luego dijo: — ¡Alzad la frente!... Que vuestras miradas se crucen con las mías, como vuestras manos que yo mismo entrelazo!... Os lo permito, hijos míos, porque accediendo á la petición que acaba de hacerme mi noble consejero y padre tuyo, virtuoso y esforzado Cuanhxochitl, te concedo en premio á tus servicios pasados y á los que de tí esperar puede la patria y espero yo en lo futuro, la mano de mi hija la princesa, á quien sin duda sabrás hacer feliz.—

NOTAS

El motivo de inspiración para este cuento, fué el extremo rigor que se observaba en la custodia de las hijas del rey.

Hé aquí las principales voces mexicanas empleadas en este cuento, con sus correspondencias castellanas:

Huitzilopochtli.—Principal divinidad política y de la guerra.

Tzatzlipoca.—Divinidad astronómica muy importante: la Luna.

Xochiquetzal.—Diosa de la belleza.

Teotecuhli.—Jefe supremo de los sacerdotes todos, rey de sacerdotes.

Topixque.—Sacerdote-administrador de imágenes y templos.

Cihuacoatl.—Sumo sacerdote del cuerpo dedicado al culto de la diosa Cihuacoatl.

Tecuhtli.—Rey.

Mexicatecuhtli.—Rey de los mexica.

Tlatoqui.—Consejero del rey; individuo del Tlatocan.

Tlatocan.—Consejo real.

Tecpan.—Palacio real.

Calmeat.—Colegio general de las gentes nobles y de los sacerdotes.

Anáhuac.—El terreno que dominan los lagos de la localidad; y por extensión, la confederación de aquellos reyes.

Maxtl.—Cinta que les ceñía la cintura, generalmente muy adornada.

Chimalli.—El escudo de guerra.

Chinampas.—Huertecillos flotantes sobre las aguas de las lagunas.

Ocelotl.—Tigre.

Cuauhtli-Ocelotl.—Cuerpo muy distinguido entre los guerreros, como estado mayor.

Macana.—Arma de madera recia, semejante á una espada.

Cuauhli.—Águila.

Huitzilin.—Colibrí.



El sagrado baño ⁽¹⁾

Á tu memoria santa, amadísima madre mía, á quien dichosamente alentó y guió siempre la fé más acendrada en el Crucificado, allanándote así con el camino de la vida breve el de la Eternidad.

El *teopixque* agorero fué consultado por la hermosa Tolstepetl, y él hizo sus cávalas astrológicas, sus combinaciones secretas de los signos del día de nacimiento con los *Acompañados de la Noche* que complicaban el cálculo grandemente. El resultado de la consulta fué desconsolador, terrible: su hijo único, su amadísimo Tolem, bello como el *quetzal*, moriría jovencillo y de modo triste; ¡los días del pobre niño estaban contados!

(1) Ver la nota al final del cuento.

¡Infeliz Tolstepet!... ¡Sólo para ella había de guardar aquél cruelísimo secreto que le devoraba las entrañas; porque era preciso evitar á todo trance que él supiera nada de todo aquéllo!... ¿Y qué hacer en tal desconuelo incomparable! Ni aun siquiera el consuelo de solicitar protección divina, porque el hado caprichoso del destino humano era más fuerte que los propios dioses; y así, inútil en condiciones ordinarias el rogar á estos para evitar aquél. ¡Pero le amaba con amor que inundaba todo su ser, con cariño inapreciable y doble: doble, porque lo quería todo cuanto se puede á un hijo que además de ser bueno es estimado, y guapo, y alegre, y todo cuanto se puede querer á un marido bueno, y además bondadoso, valiente, heroico,... y desgraciadísimo: porque su marido, viniendo de una guerra triunfador, aclamado cual siempre, había muerto en el camino, solitario, sin el consuelo de abrazarlos; y lo que no pudieron las agudas flechas logrólo repentina fiebre.

Sin embargo, amando fervorosa al gran dios *Huitzilopochtli*, soberana encarnación de la Matutina estrella, cada día le sorpren-

dió desde entonces el amanecer invocándolo y suplicándole humildemente, con ardentísima pasión llorando.

Un día el Lucero bello, que brillaba fúlgido en despejado cielo, compadecido de aquella aflicción tan pura, tan honda, tan persistente, díjole en místico lenguaje: «¡Her-
mosa y fiel Tol-
tepetl! Yo no
puedo salvar á tu
inocente hijo del
rigor del hado,
pero sí indicarte
el medio de
que puedas lo-
grarlo.»



—¡Oh, amado y venerado Señor mío, que en la alborada tus galas luces sobre el manto de *océlotl!* ¡Divino *Huitzilopochtli*, dios de las batallas! ¡Te ruego encarecidamente que me des la vida diciendo cómo podré conser-

vársela á él!... Y si de perderla hé porque se salve, quítamela pronto con tal que pronto averigüe el medio de prolongar su existencia!—

«Escucha bien: Un *meztli* antes del día decretado para su muerte, te daré aviso; y entonces será hora de que acudas, en el momento más solemne para ello, á cierta divinidad terrestre de quien en absoluto depende el salvarlo.»

Y no habló más *Huitzilopochtli* porque, apenas pronunció esa última palabra, cuando la fogarata solar encendió cerca de él el horizonte, creciendo poco á poco los fuegos crepusculares hasta concluir por arrebatarle la existencia á él también.

Otro y otro y otro día le preguntaba al amanecer, pero todo en vano! No siempre están de humor los dioses para hablar al mísero mortal, y cuando lo hacen sentencian, y nada más ya pueden ni deben decir; que no tuviera trascendencia mística su palabra como la prodigaran, ni consecuencia irrecusable como no hablaran siempre en sentencia.

En tanto, el simpático y bello y buenísimo

Tolem fué creciendo, y amado era de todos porque los buenos se hacen querer pronto y bien; mucho más cuando, como aquí pasaba, se unen á la bondad belleza, talento y alegría: los de su edad le preferían, le celebraban los mayores, lo envidiaban para sí las madres, nadie le tenía un mal querer... Y por eso mismo que así era general y públicamente celebrado, su pobre madre padecía horriblemente al pensar en su temprana muerte, guardándose en lo más íntimo del dolorido corazón aquél secreto que le roía las entrañas. Porque es verdad que ni por un instante desconfiaba ya en la posibilidad de salvarle, toda vez que el divino *Huitzilopochtli* se lo había así dicho. ¿Pero cómo lograrlo? ¿A quién había de pedirselo? El dios le dijo que á una divinidad terrestre, única que podía hacerlo; ¡pero habia tantas! ¿Cómo adivinarlo? ¿Quién se lo diría?... ¡Ah, qué terrible el dolor de una pobre madre sabiendo que ha de morir cuando aun muchos años vivir podría el amado hijo, luz de sus ojos, alegría de su corazón, ser de su ser!... Y más, cuando sabe que puede salvarle como acierte con un enigma del cual

no halla la clave, buscándola tan afanosamente!...

Así pasanron los días y los *meztli*, y una mañana en que cual todas fervorosa contempla y suplica al Lucero del Alba, por segunda y última vez la regaló el dios con su musical lenguaje: «¡Tolstepetl! ¡Bella y fiel Tolstepetl, el buen Tolem morirá al concluir el *meztli* que hoy empieza, como la divinidad que únicamente salvarle puede no se compadezca de tu aflicción. ¡Acude á ella, pues; ruega, que el tiempo es llegado!»

—¡Señor, señor!... ¡Dios amadísimo! ¡Divino *Huitzilopochtli* que en la guerra das el triunfo y en la paz iluminas los caminos! ¡Quitame la existencia luego, pero dame ahora la precisa inspiración! ¿Cómo sin ella he de adivinar yo el nombre de Aquél, de tus divinos compañeros á quien en mi desconsuelo enorme he de acudir? ¡Inspírame, Señor de la alborada, y de las perlas que en ella muestran las flores, y de los pajarillos que en ella animan las selvas!...—

¡Todo inútil!... Cuando le habló la estrella, su cortejo magno había empezado á palidecer, á desvanecerse; y apenas acabó de

hablar, ella misma fué lanzada en la formidable hoguera del Oriente.

¡Qué desconsuelo!.... La infeliz madre podía y no podía salvar á su hijo, como debía y no debía buscar auxilio en el comunicar su secreto á alguien que la aconsejara... Ya estuvo casi decidida á revelar aquel cruelísimo dolor que como tesoro guarda avara para sí, á pesar de roerle despiadado las entrañas; pero por fin no lo hizo. Solo con los dioses hablaré de ello;—se dijo—porque los hombres somos frágiles, y en la confianza está el peligro, y podría llegar aquella sentencia horrible, tantos años guardada en el corazón amante, á oídos del pequeño; y antes de sumirlo en la aflicción, antes de verlo vivir con las huellas del sufrimiento moral en el rostro, en aquel tan peregrino rostro amadísimo, siempre retratando la alegría, capaz era de dejárselo arrastrar por la muerte anunciada para en breve, que le llegaría así con la sonrisa en los labios... ¡Turbar por una imprudencia aquel dulce y sonriente semblante, aquellos bailones ojazos, que tanto decoraban el modelado cuerpillo, recto, activo, de miembros vigorosos y

bien proporcionados!... ¡Eso nunca!... ¡Sí; pero si por no hacerlo perdía en la niñez el consuelo y amparo de la ancianidad suya, el actual asombro y envidia de las madres, el futuro ídolo de las jóvenes mexica!... ¿Qué hacer, divino *Huitzilopochtli*! Y los días se pasaban, y el final del *meztli* se acercaba, y espiraba ya el plazo fatal, y era preciso obrar pronto!

Entonces se acordó de la buena *Tezcatlipoca*, y ciegamente confió en ella, como herida de divina inspiración. ¿Por qué no le había implorado antes en su aflicción profunda? ¡Lo sentía con todo el corazón! ¡Pero no desconfiaba! Al contrario, creyó segurísimo el procedimiento: La guardadora de los humanos secretos ¡cómo no había de conocer el que de tal modo le interesaba! Y si lo sabía, ella, la misericordiosísima, ¿no había de descubrirlo á una madre tan sin consuelo? Decidida, comenzó por prepararse con ayuno absoluto, con ofrendas y otras penitencias; y adornó lujosamente con tules y flores y pajillos el asiento de piedra que en el camino, cerca de su casa y ya en el campo, tenían dispuesto para el descanso á la sem-

piterna viajera celestial; y luego, aguardando á que ésta se mostrara esplendorosa sobre el nocturno manto, como reina que del tal era,



en cuclillas frente al adornado asiento sahumó profusamente con *copal* muy rico, hizo profundas reverencias, y así habló emocionadísima:

—¡Oh, hermosa sin igual, señora del *Tlalocan!* ¡No me sumerjas en *el humo y la niebla* de tu enojo porque no te pedí hasta hoy! Antes bien, déjame ver en tu clarísimo *espejo*; ilumíname con tu dulce claridad divina, gran señora que los secretos conoces, para que pueda yo así ver el que necesito averiguar, el nombre de la terrestre divinidad á que he de acudir para impetrar de ella la salvación de mi amadísimo Tolem!...—

«Eres buena madre y buena creyente: has sacrificado tu existencia porque él nada sospeche; has venido á mí en ayuno y oración y ofrendas. Por eso, hermosa Tolstepetl, te concedo el favor pedido. Cuando sea la gran fiesta del dios y señor de los montes, de *Tlaloc*, ve allá y suplícale; que en su mano está el darle larga vida sana.»

Tolstepetl se fué hacia casa regocijadísima, consolada, feliz, llena de agradecimiento, y muy tranquila ya; porque se proponía hacer de modo que en su piedad no fueran desatendidas las súplicas que elevaría al buen Tlaloc.

El día solemne, la madre, entre confiada y temerosa porque llegó el supremo instante,

atravesó por entre los cerrilios artificiales que por calles y campos levantó cual siempre la piedad de los fieles, muy adornaditos con ramaje y flores. Llegando al cerro sagrado, allí vió á los sacerdotes con sus largos ropones blancos que ostentaban en pintura manos y corazones; y les contempló pasando ante el ídolo á que arrimaban sus hermosas jícaras en señal de petitorio de buenas cosechas; y luego les vió lanzar el maíz á los cuatro vientos; y por último contempló el sacrificio de las dos jóvenes hermanas, representando el Hambre y la Hurla. Las gentes desfilan, bajan del monte, se alejan en todos sentidos; en el hondo valle se pierde el murmullo de sus voces... Pero ella sigue allí, en cuclillas ante la deidad, á quien, considerándose ya al fin sola de los humanos, pidió vehemente y humilde, oyendo regocijada:

«¡Si, Tolstepetl! Tu amante desvelo, tu constancia, lo merecen todo. Autoridad de Aquél que á tí te dió consejo tengo para salvarle, y poder para ello en mí mismo, en mis propios dominios. Y así, yo pudiente y bien dispuesto, en tí consiste únicamente

ahora su salvación: de plazo tienes hasta mañana para que pensando mucho elijas la ocupación que has de dar á tu hijo, si como hasta hoy es él sumiso á tu voz luego. Como tu determinación sea prudente y sensata, salvado le habrás. Ahora vete, y descansa, y medita, volviendo aquí mañana á estas horas.»

¡Nueva angustia, en medio de su alegría grandísima, para la buena madre!... ¡Cómo resolvería el asunto favorablemente!... ¡Cómo acertaría mejor al elegir! ¡Cual sería la ocupación más prudente y sensata para su hijo!... ¡Los niños tienen tan juiciosas inspiraciones á veces!... ¡Y el suyo era tan listo, tan listo!... En fin: en un transporte de maternal amor, le dijo así:

—¡Dime, hijo mío! ¿Qué querrías tú ser?—

—A mí me gustaría ser guerrero, como mi padre. Ir muy majo con mis armas y *chimalli*, con mi penacho y *bezote*, y que me saludaran y vitorearan las gentes al pasar, entusiasmadas, como dices que hacían con mi padre!...—

Aquella tarde la buena madre, ante la divinidad de los montes nuevamente, y tras

ofrendas y sahumerio, habló con entusiasmo de los servicios prestados á la patria y al rey, y con ellos y por ello á los dioses, por su difunto esposo; y de cómo el niño se enardecía escuchándola, y de cómo ella creía aquella la ocupación más digna para su hijo, más en armonía con su carácter y aficiones, más en servicio de los dioses, de la patria y del rey.

—¡No, Tolstepet! ¡Yo pienso muy de otro modo! ¡Esa resolución es imprudente é insensata!.. Doce años no más tiene tu hijo, doce años hace que conoces su fatal destino, y otros tantos que pasas los días de mortal angustia presa, pudiendo ser muy dichosa si de tal idea prescindieses... ¡Y todo por qué? Porque sabes que tu hijo fué destinado á morir por su fatal hado en temprana edad!... Pues bien: suponte que, salvado tu hijo de esa fatalidad, vive, y es guerrero ilustre, y vuelve victorioso de cien combates. ¿De quién triunfó?; para venir así triunfante, otros sucumbieron ante su gloriosa *macana*..... ¡Y en tu egoísmo no consideras la vida afligidísima de las pobres madres de esos otros, muertos á causa de las victorias de tu acla-



¿mado hijo, de tu hijo aclamado aquí, maldice-
cido allá?... ¡No, no! ¡Tú no pensaste bien!
¡Tú no puedes querer tal cosa!... ¡La gloria
del guerrero no es completa, no es universal,
no es humanitaria!... ¡Vuelve, vuelve á pen-
sar con más prudencia y sensatez! Tienes
otro día de término para ello.—



Afligidísima, por una parte, Tolstepetl, por
otra caminó hacia casa muy satisfecha de la
revelación divina que tan á las claras le puso
el cómo á un alma tan noble como la de su
hijo no correspondía la imaginada gloria. Y
volviendo á la conversación con el pequeño

Tolem, así concluyó sus manifestaciones:

—Pero si te prohibiera hasta el pensar en ser guerrero, porque para así alcanzar honores habías de dejar á muchas madres sin hijos, y bien comprendes que yo me moriría de pena si me mataran á mi hijito del corazón!... Dí: si no quisiera de ningún modo que fueras guerrero, ¿á qué otra cosa te gustaría más dedicarte?—

—¡Ah! Pues me gustaría más ser *pochteca* como el tío, y así te haría rica, muy rica, y daría muchos mantos y joyas y alimentos á los dioses, y le mandaría hacer un templo á tu adorado *Huitzilopochtli*.—

La madre subió muy confiada aquella tarde á la montaña, elogiando á la divinidad muy grandemente los nobilísimos pensamientos de su hijo, y manifestando que, á su parecer, muy buena y nada expuesta sería para su hijo la ocupación de comerciante.

«¡No, hermosa *Tolstepetl!*... ¡Cuánto te engañas juzgando así!... El afán incansable de acumular riquezas, ciega al hombre con frecuencia grande; el continuo tráfico suele destruir los más nobles sentimientos, secar las fuentes del corazón más amante. Como

tu hijo, ahora con tan hermosas ideas, fuera algún día *pochteca*, más que probable sería el que nos quedáramos sin ofrendas ni templo nosotros, sin riquezas tú! Cuando menos, la avaricia tornaría su carácter; y por lo corto, el cálculo haría del regocijado joven que deseas, pensador y taciturno ser que sólo con números y de números viviría!... ¡No! ¡Tú quieres otra vida para tu amado Tolem!... ¡Anda, anda! ¡Vuelve á casa! Un último plazo te concedo. Como mañana no me traigas solución que esté más en armonía con tus sentimientos delicados y con la vida feliz que para él deseas, no podré, aunque lo sienta mucho, alargársela.»

La buena madre bajó al valle preocupadísima; y comprendiendo buenamente lo fatal que podía ser el comercio á su hijo, la dominó la angustia más cruel. Porque ella tenía, como toda madre amante, su ideal querido, pero no quería imponer su voluntad. ¡Qué momentos tan horribles!... Pero apenas hubo dado sus explicaciones al niño del por qué no debía ser comerciante, Tolem le dijo vehemente, inspirado, enardecido: —¡Ay madre mía! Bien te dijera yo antes

de ahora que más que ninguna otra cosa quisiera ser, lo que tú no querrás, porque había de vivir entonces sin tí, fuera de tu lado y de tu casa. Yo, más que nada, quisiera ser *teopixque* de los que se dedican á curar á los enfermos.

—¡Ah, hijo mío del corazón! *Teopixque* serás, y harás mucho, mucho bien á tus hermanos cuando de tí necesiten!... ¡Ese, ese es precisamente mi sueño dorado!...—

Loca de entusiasmo, segurísima en conciencia de que aquella era la ocupación que más convendría á su hijo, como más propósito para hacerle feliz y prestar auxilio al necesitado, subió la montaña, resuelta, alegre, tranquila, y así se puso á orar. Y no tuvo aquella tarde que dar cuenta de su cometido, pues la divinidad se le adelantó para decir así:

—¡Sí, Tolstepetl!... ¡*Teopixque!* ¡Médico!... ¡Sostendrá al hombre en virtud y en salud! ¡Ese es el mejor destino que puedes darle! «¡Su propia inspiración te salvó! ¡Lo ha salvado tu grande fé y constancia y amor!... ¡Anda! Toma al niño, sube con él al *Xinantécatl*, y báñalo allá, que no ha de

faltarte adonde hacerlo en su encendida cúspide. Es una última prueba. ¡Anda, y sálvalo, y vivid luego felices!»

La buena madre, loca de alegría, no aguardó á que se le repitiera la orden, ni á que el nuevo día llegara. La ascensión era peligrosísima, porque el *Xinantécatl* estaba en erupción parcial; y desde el valle se veía envuelta su cúspide altísima en penacho de humo blanquecino, que se agitaba en el espacio como voladas alas de querube, á veces enrojecido por los reflejos del fuego interno brotando al exterior... ¿Y qué la importaba á ella la visión medrosa? ¡Para cualquiera otra persona, sería arriesgadísima la empresa! ¡Para ellos, no se trataba más que del cansancio natural al subir! Porque ó creía ó no creía, y creyendo nada podía temer al cumplir una orden que, aparentando destrucción, era de regeneración, de salud, de fortaleza, de vida. Tenía fé ciega, y la fé dá confianza, valor, temeridad. Y aún caminaba, á más de resuelta y serena, muy aprisa; porque gran prisa tenía de salvar al hijo amado. El cual alentaba por la resolución manifiesta de la madre; porque en ella creía ardientemente, y

así la seguía atrevido. ¡Había de pasársele por la imaginación siquiera que le llevara ella tan resuelta al peligro?

Así ambos, bañados por la claridad de la argentina Luna, ascendieron más y más, sin vacilar nunca y cada vez más cercados de las masas de vapores axfisantes que emanaba el suelo; axfisantes para los vulgares, no para ellos á quienes ni preocupaban ni aun siquiera impresionaban. De vez en cuando, la vista cariñosa de Tolstepetl recorría dulcemente el cuerpecillo de Tolem, y con ilusión, con embeleso, lo besaba entusiasmada.

Cerca, muy cerca estaban ya de la cúspide, cuando el pequeño se detuvo: nada se veía ya á través de la muy densa nube blanquecina que de todas partes les apretaba más bien que les envolvía.—¡Madre! ¡No es posible seguir! Nada vemos, y podemos caer en ese grande agujero por donde, según me digiste, salen las llamas del volcán.—

—¡Nada temas, hijo mío! Cuando la divinidad guía y protege, no hay peligro que posible sea. ¡Adelante! ¡Siempre adelante, mi querido Tolem!—

Y siguió, así alentado y confiado. Y la

nube inmensa de blanquecinos vapores apre-



tados fué iluminándose con rosáceas tintas que enrojecieron luego, y el niño fué viendo claro, y se encontró al mismo borde del abismo terrible que le ofrecía maravilloso espectáculo: enorme embudo formado por la ro-

ca, negruzco, amarillento, rojizo, en sus pe-

druscos; y en el fondo descomunal lago de fuego en cuya rojiza superficie se contemplaba él como mística visión de incomparable efecto; tal vez en tan hermosa aparición como se le presentara á la madre, que al verle así incomparablemente bello lanzó un grito de asombro y satisfacción.

Ligerísima emanación vaporosa se levantaba del lago de fuego; la Luna, con sus rayos de plata, alumbraba el aurífero abismo; y en éste, aparte el ya mencionado, se veían otros tres lagos, grandes aunque mucho más pequeños, de los cuales uno ofrecía sus aguas en sorda ebullición tumultuosa, el otro apenas agitadas, el tercero en completa quietud; y en este tercer lago, apenas lo descubrió, se arrojó el niño despojándose de su mantita y *mantli*; y apenas se hubo sumergido en las tranquilas aguas, cuando enderredor del cuerpecillo se levantaron nubecillas de aromáticos vapores que Tolstepetl aspiraba con placer inmenso, comprendiendo por secreta inspiración que el niño se estaba saturando de virtud para toda su vida. Para toda su santa y sabia y prolongada vida, pues sus nobles esfuerzos, su constancia, su perseve-

rancia, le hicieron uno de los mexica más sabios y caritativos y virtuosos.

¡Dichoso el que en las grandes adversidades de la vida acude para consuelo y consejo á la Divinidad! ¡Quien sus consejos y mandatos sigue con fé viva! ¡Quien alentado por la fé pura y enardecido por el fuego santo de la inspiración no retrocede ante los mayores peligros en el camino de la salvación!... ¡De la salvación, sí, pues para mí tengo por muy seguro que Dios acoge en su misericordioso seno el alma del desgraciado á quien no pudo alumbrar la soberana luz del Evangelio, como su fé sea pura y grande, y su esperanza sin vacilaciones, y su caridad sin límites!

NOTAS

El motivo de inspiración para este cuento fué el hecho de presentar hoy el extinto volcan *Xinantécatl* (señor desnudo) ó *Nevado de Toluca* gran originalidad con sus cuatro lagunas de agua limpia á temperatura constante de seis grados centígrados, á pesar de la enorme altura del cráter, en donde existen tales depósitos, y de rodearles las nieves perpétuas.

Las voces mexica *Tropixque*, *Chimalli* y *Moxtli*, quedan traducidas en la Nota de la pág. 39; lo mismo que en la pág. 61 lo están *Ocelotl*, *Tezcatlipoca* y *Maconá*. Las demás usadas en este cuento son:

Acompañados de la noche. — signos que usaban en sus cálculos astrológicos.

Huitzilopochtli. — Soberano Señor, dios de la guerra, encarnación de

Tlaloc. — Dios de los montes y de las lluvias.

Pochteca. — Comerciante.

Be:ote. — Adorno colgante del labio inferior.

Meztl. — Periodo de veinte días que equivalía á nuestra unidad cronológica á que decimos mes.

Tlalocan. — Lugar de residencia de la diosa Luna.



UNA MADRE (1)

Á mi queridísimo discípulo Julio Molins Guerra, á quien ha tanto tiempo sirve de madre adoptiva la noble nación de México.

Por doquier presentan ya los campos señales indelebles de una buena cosecha: el *ceutli* despunta ya exuberante, y la buena diosa *Ceuteotl* regalará á los mexica con el sazonado fruto abundantísimo, constituyendo el bienestar general, si la lluvia viene, como indispensable es ya para ello, en auxilio de la germinación y el brote. Por eso, y seguros de que no caerá la bienhechora agua sobre los campos sin que ellos la impetren fervorosamente del magnánimo y benéfico *Tlaloc*,

(1) Ver la nota al final del cuento.

las gentes todas del *Anáhuac* celebran la gran fiesta tradicional que acostumbran en tal época del año al señor de las lluvias, en su alcázar soberano el cerro sagrado de Tlalocan, ya que de él llegan siempre á *Tenochtitlán* las nubes que en fecunda lluvia se deshacen.

Allá arriba, en el sagrado cerro, los coaligados reyes han salido ya de sus magníficas tiendas de campaña, y seguidos de sus vistosos cortejos respectivos están ya ante la divinidad haciendo sus reverentes acatamientos y sus magnas ofrendas. Mientras tanto, en *Tenochtitlán*, ante el *teocalli* de *Tlaloc*, se ve improvisado bosquecillo de buena imitación: árboles, matorrales, el agua que se desliza entre ellos saltando por sobre peñascos...; y por centro amplia plazoleta en medio de la cual se hiergue alto árbol, enlazado con los circundantes por vistosas cuerdas con colgantes borlas. El bosquecillo, invadido por multitud engalanada; la plazoleta, ocupada por concurso lujosísimo de nobles sacerdotes y guerreros; los sacerdotes con su manta á rayas, su pelo enmarañado y ensangrentado, como de ébano su cara y

manos (gracias al negro *hulli* conque se teñían siempre); y presidiéndoles con su ceremonial traje riquísimo el Gran Sacrificador, ante el cual se vé muy lindo pabellón de tupida enramada que esmaltan bellas y fragantes rosas.

Esperan impacientes unos y otros, mirando con insistencia hacia afuera. Al fin, un general murmullo anuncia la venida de aquellas á quienes se espera: hermosa mujer y encantadora niña que de la mano cogida trae aquella. Si el gentío levantó formidable murmullo de satisfacción al verlas aparecer de lejos, manifiesto y prolongado clamoreo de admiración que no pudo reprimir se escapó de sus pechos al verlas aproximarse, porque en verdad que estaban encantadoras: la bella y noble y distinguida mujer con su trenzado y reluciente pelo largo, con sus tres *huipilli* largas y anchas, cada una más corta y la de abajo de perdidas mangas, tejidas de fino algodón y ostentando bellas labores en colores vivos, lo mismo que su enaguilla ó *cuéyell* hasta el tobillo; y cubriéndolo todo un velo de ancha red ó malla; la monísima niña, con especial tocado y el azul vestidito

en un todo igual al que ostenta la diosa de las lluvias, *Chalchiuhtlicue*. Y la linda mujer y la bonita niña ofrecían particular encanto no solo en sus gracias físicas y en sus artísticas galas, sino también en la expresión



muy distinta del semblante: la pequeña de alegría muy viva, la mujer de melancolía profunda.

Vienen hablando, y podemos sorprender el final de su conversación:

—¿Es muy bonita la casita de rosas, madre?—

—¡Sí! ¡Muy bonita, hija mía!—

—Yo quiero entrar en ella, pero no quiero que tú te separes de mí.—

—Pues eso no puede ser, hija mía. Yo no puedo entrar contigo, pero me quedaré á la

puerta; y tú saldrás pronto, y entonces te abrazaré y te besaré mucho. ¿Quieres?...—

—¡Sí, sí!... Y mi padre ¿por qué no está con nosotras?—

—Está con el rey allá arriba, en el monte... ¿Le quieres mucho?—

—¡Sí! ¡Mucho, mucho!... ¡Pero te quiero más á tí! Él va siempre con los *teopixque*, que me dán miedo porque son muy feos; y tú estás siempre conmigo, y cuando paseamos por el jardín y cuando estamos en el *teocalli* me enseñas muchas cosas; y me pones muy maja como ahora, y me dás muchos besos, y no quieres separarte de tu hijita... ¡Ni yo tampoco quiero separarme de tí nunca, nunca, hasta que seas muy viejecita como mi abuela Xochilli. Enseguidita que te coja las rosas que hay dentro de esa casita tan mona en que me vas á meter y adonde tú no puedes entrar, salgo, y ya no nos separaremos nunca... ¿verdad?... ¡Pero estás llorando, madre!... ¿Y por qué?... ¡No! ¡Yo no quiero que tú llores!... ¡Trae que te dé un beso en los ojos para beberme tus lágrimas!... ¡Así! ¡Y no vuelvas á llorar, porque me enfado contigo, vaya!... ¡Ya no entro en la casita á

por las flores! ¡No te quiero dejar sola para que no llores!—

—¡Oh, sí, sí, hija mía! ¡Necesito aquellas rosas de allí adentro, y solo á tí dejarán entrar los teopixque! Y no te asustes de ellos, porque te quieren; son amigos de tu padre, y yo no me aparto de la puerta, ¿entiendes? ¡Mira como ya no lloro! ¡Mira cómo río ahora contigo! ¿Lo ves?—

—¡Eso, eso! ¡Así quiero yo verte siempre!... ¡Mira cuánta gente!... ¡Y cuántos árboles! ¿Pero había aquí antes todo esto?—

—No, hija mía. Calla ya, porque los teopixque cantan para recibirnos.—

Diciendo ésto, y abrazándola entrañablemente, la noble señora tomó de nuevo una mano de la niña y con ella atravesó en silencio el bosquecillo, haciéndose fuerte porque sus lágrimas no la delataran al concurso y por no impresionar más á su hijita, que sin darse cuenta tenía miedo de toda aquella aparatosa acogida de que objeto eran. Las miradas se clavaban con insistencia en la bellísima niña, unas sonriendo, otras admirando, otras compadeciendo...; y mientras muchas bocas le dicen palabras dulces, hay

muchas, muchas manos que le ofrecen rosas y le echan besos; y otras que aprietan contra el estremecido cuerpo al hijo de sus entrañas.

Ya en la plazoleta, el Gran Sacrificador adelanta algunos pasos y espera en actitud grave. La hermosa y noble señora, llegando ante él, se inclinó profundamente; y luego hasta el suelo á los dos vientos, tocando con el dedo medio de la diestra mano la tierra y llevándosele á la boca, en debido acatamiento de la festejada deidad. Después tomó en brazos á su hijita, estampó en sus labios con infinita pasión un beso en que puso las ansias todas del corazón amante como si en él quisiera dárselo entero, y á su oído y con fúnebre acento dijo algo cuyo sentido estaba muy lejos de poder alcanzar su tierna compañerilla:—¡¡Hasta el *Mictlán*, hija adorada!!—

Luego, dominándose y tratando de sonreirla dulcemente, dijo:—¡Anda, hija mía! ¡Entra pronto!—

—¡Pero no te moverás de aquí hasta que yo salga!—

—¡No!... ¡Aquí estaré aguardándote!—

Y la niña entró, y el Gran Sacrificador cerró tras ella la bien oliente puertecilla engalanada, que mostrando lozanía era losa sepulcral en vida!...

Los sacerdotes condujeron bajo el gran



árbol aquel lindo pabellón, mientras comenzaba el ensordecedor canto y toque imponente de caracoles y *tortugones teponachtli*.

La infeliz madre, la nobilísima y hermosa se-

ñora, no pudo ya contenerse, reprimirse, ser dueña de sí misma, porque el llanto sofocado tanto tiempo le estaba ahogando; la pasión tiernísima venció, y atravesando el bosquecillo á toda prisa antes de que el dolor la delatara ante la muchedumbre, buscó re-

fugio al pié de la gradería del templo á *Tezcatlipoca*, entonces abandonado por completo; y allí, en actitud reverente, en cucullas, transportada de dolor, de honda pena, y el rostro bellísimo inundado por ardorosas lágrimas, elevó así su corazón amante y fervoroso á la falsa deidad de sus mayores:

—¡Oh, tú, Señora incomparable, hermosa y dulce Reina de la Noche, que alientas los corazones afligidos!... ¡Bajo tus protectoras alas, ampárame!... ¡Dame defensa y abrigo! ¡Tú, que con serena claridad y calma apagas el impetuoso fuego abrasador, compadécete de mi aflicción!... ¡Yo quiero ser buena creyente! ¡Yo quiero practicar por tí y por los otros dioses lo que obligación tenemos de hacer! ¡Que siempre hice cuanto en mí estuvo para ello, lo sabes bien tú, divinidad de mi predilección!... ¡Pero llegó el momento de las dudas, de las vacilaciones, de la impotencia, porque me llegó la hora del dolor profundísimo!... Mi buen esposo, en agradecimiento al gran triunfo último que por él consiguió la Patria madre, le ofreció á *Tlaloc* en sacrificio para su gran fiesta á nuestra hija única, encanto de mi vida!...

¡Yo he vivido muriendo desde entonces! Al fin ha llegado el día de la gran festividad, y en el lugar del sacrificio está ella ya!... ¡Tezcatlipoca, divina *Tezcatlipoca!*: Las nobles madres mexica se enorgullecen de ofrecer así á sus hijos, de verles morir por nuestros buenos dioses. ¡Yo debiera y quisiera hacerlo, pero no puedo!... ¡No puedo!... ¡Si en ello faltó, perdóname! ¡Que *el humo y la niebla* de tu enojo no caiga sobre mí! ¡Compadécete de una madre sin consuelo!... Guardarla no me era posible, y la entregué. Vivir sin ella me es más imposible, y formé la resolución de que humildemente perdón te pido en esta última vez que á tí elevo mi corazón en el pensamiento. ¡Esos sagrados instrumentos y ese canto sacerdotal, me roe cruelísimamente las entrañas!... ¿Qué dirá mi hijita cuando, al abrirse la puerta de su prisión dorada, vea asomar, en vez del esperado semblante sonriente de su madre que le tiende los brazos, el negro rostro del Gran Sacrificador enarbolando sobre su inocente y espantada cabeza el cuchillo de obsidiana?... ¡Os reconozco, Gran Señora; os confieso é imploro; deseo que las

avecillas del cielo canten á Tonatiuch, nuestro señor!... ¡Pero tú, que caminas sobre el viento nocturno, acógeme bajo tus protectoras alas! ¡Dame riqueza en fuerza de ánimos para que dulce y suavemente como caminas tú por el dilatadísimo *manto de océlotl* me dirija yo al Mictlán como fiel *compañera* suya *en el gran viaje!* Sueño que pasa es tu hechicera luz. ¡Sueño que pase sea este muy profundo dolor mío! ¡Dame serenidad completa para acompañarla! ¡Que los rayos de tu dulcísima luz sean los estrechos lenzuelos blancos que envuelvan juntos nuestros cuerpos yertos! ¡Dame, Señora de los Muertos, la paz en estos postreros momentos de la vida! ¡Tú, Reina de la Noche, sabes bien los pecados que ella encubre! ¡Tú conoces bien mi gran pecado en el resistirme en voluntad á entregar á mi hija! ¡Pero he tomado el baño de *Xochiquetzal* para que ella me perdone las pequeñas faltas, y á tí confieso ahora la grande, la enorme, que á mí misma me espanta, rogándote que no me desampares... ¡Salvarla no podía sin condenación! ¡Te la entrego, como me manda la religión y la ley, pero seré su *compañera en*

el gran viaje...! ¡Si en ello te ofendo, perdóname, dulce, suave y misericordiosísima Tezcatlipoca!...—

Así se expresó la tan affigida madre al pie de la escalinata del solitario teocalli, mientras en la plazoleta del bosquecillo siguió la canturia monotoná y el desapacible y quejumbroso toque de los sagrados instrumentos;



mientras el gentío que invade el bosquecillo y sus alrededores calla, y escucha, y reflexiona, y á la divinidad eleva su corazón ferviente, suplicándole fecundantes lluvias que den buena cosecha.

Un mensajero llega, trayendo la noticia de haberse verificado ya en el monte Tlalocan el sacrificio acostumbrado. En el más pro-

fundo silencio queda todo entonces, y tomando sobre sí los sacerdotes el pabellón y el gran árbol allí artificialmente colocado lo llevan por la calzada á orillas del lago de Texcoco; allá lo acomodan en grande canoa ya dispuesta; en todo el tránsito no ha interrumpido el silencio otra cosa que sofocados llantos y lamentos de la hermosa niña encerrada. ¡Ah, qué bien hizo la madre en permanecer en su soledad hasta que la comitiva numerosísima se alejó!

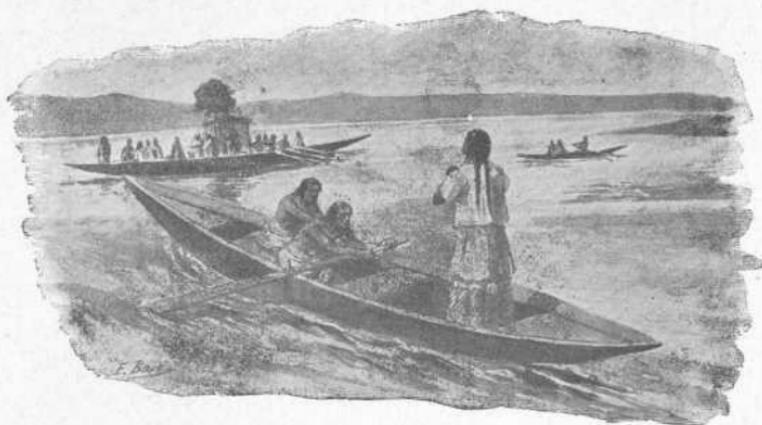
Ella fué luego sola y á buen paso hasta ganar también la orilla, viendo siempre ante sí el solemnísimo cortejo que se embarcó, que se alejaba. Allí la esperaban con hermosa canoa muy engalanada, como todas aquél día; y apenas se metió en ella y dió sus órdenes cuando velozmente cortó la quilla el agua tranquila. Siempre fija la vista en el adornado pabellón que era llevado allá llejos, le pareció oír un debilísimo y sentido:—¡Madre! ¡Madre mía!...—Y perdiendo por un momento serenidad y ánimos, contestó con su corazón amante:—¡Sí, hija de mi corazón! ¡Allá voy! ¡No nos separarán ya luego nunca! ¡Aquí ó allá, qué más da! ¡El caso es estar

siempre juntitas las dos, siempre juntitas, como tú querías!...—

La procesión se había detenido en el centro de la laguna, cuando ya esperaba en aquel sitio la real comitiva, de regreso del sagrado cerro; y mientras su adornada canoa linda cortaba rápida el agua, vió hincar el árbol en el terrible remolino que allí hacían las aguas, y vió introducirse en el florido pabellón, (que lozanía respira cuando es antro de muerte), al Gran Sacrificador; y oyó romper el silencio imponente un espantable grito...

A punto estuvo de desmayarse; pero tuvo valor, se tapó con las manos ojos y orejas, y así no vió ni oyó más; no vió rociar con la cálida sangre inocente la enramada y las aguas, no vió arrojar el cadáver de su adorada hija al espantable remolino, en hórrida ofrenda al dios Tlaloc. Cuando descubriéndose percibió las reales muestras de ofrecimiento, y vió cómo puestos en pié los coaligados tecuhtli y los grandes señores arrojaban al sumidero en dádivas suplicatorias hermosas joyas, dijo á sus remeros: —¡Pronto, pronto!... ¡Un último esfuerzo!

Su voladora canoa atravesó por entre las incontables allí reunidas, sin que nadie se atreviera á detenerla al ver á la tan conocida y noble dama de pié en medio de ella, impo- nente, magestuosa. Llegó á tocar su embar- cación ligera la real; y colocándose ella á una de sus bandas, se quitó una pulsera, y



en actitud de arrojarla al caracol en sagrada afrenda, como que escuchó un momento; y luego, respondiendo sin duda á algo de que ella sola pudo darse cuenta, en formidable voz que estremeció los silenciosos espacios dijo:—¡Sí! ¡Allá voy contigo para siempre, hija mía!... Y se arrojó serena al sumidero...

Un movimiento de extrañeza y conmise-

ración salió de cada pecho, convertido en involuntaria exclamación unísona. Luego, en el respetuoso silencio de rigor, la procesión lacustre emprendió su marcha hacia Tenochtitlán; y al desembarcar, el gran sabio y virtuoso *tecuhtli* texcocano, Netzahualcoyotl, deslizó al oído del *Mexicatecuhtli* una frase breve, expresión fidelísima del sentir y el pensar general:

—Era ferviente adoradora de los dioses... ¡Pero juntamente con ello, madre amantísima!... ¡Que el divino Tlaloc recoja su puro espíritu!

NOTAS.

El motivo de inspiración para este cuento fué la fiesta anual que se hacía al dios Tlaloc para impetrar de él abundantes lluvias, que de las cosechas eran base imprescindible allí.

Los términos que necesitan explicación ó traducción son:

Anáhuac.—El suelo comprendiendo los lagos de Texcoco, Chalco, etc., en que se desarrolló la historia antigua de los Mexica.

Tenochtitlán—Ciudad-capital.

Mictlán.—El lugar de los muertos.

Tlaloc.—Dios de las lluvias.

Chalchiuhtlicue.—Diosa de las aguas corrientes *la de la falda azul.*

Manto de Ooclotl.—Firmamento estrellado.

Ceuti.—El maíz.

Hulli.—Sustancia negra con que se embetunaban el cuerpo los sacerdotes.

Compañeros del gran viaje.—

Los que eran sacrificados en el funeral de un rey ó noble para que acompañaran al muerto en el Mictlán; generalmente, sirvientes.

Tortugones y teponachtli.—Instrumentos de música.

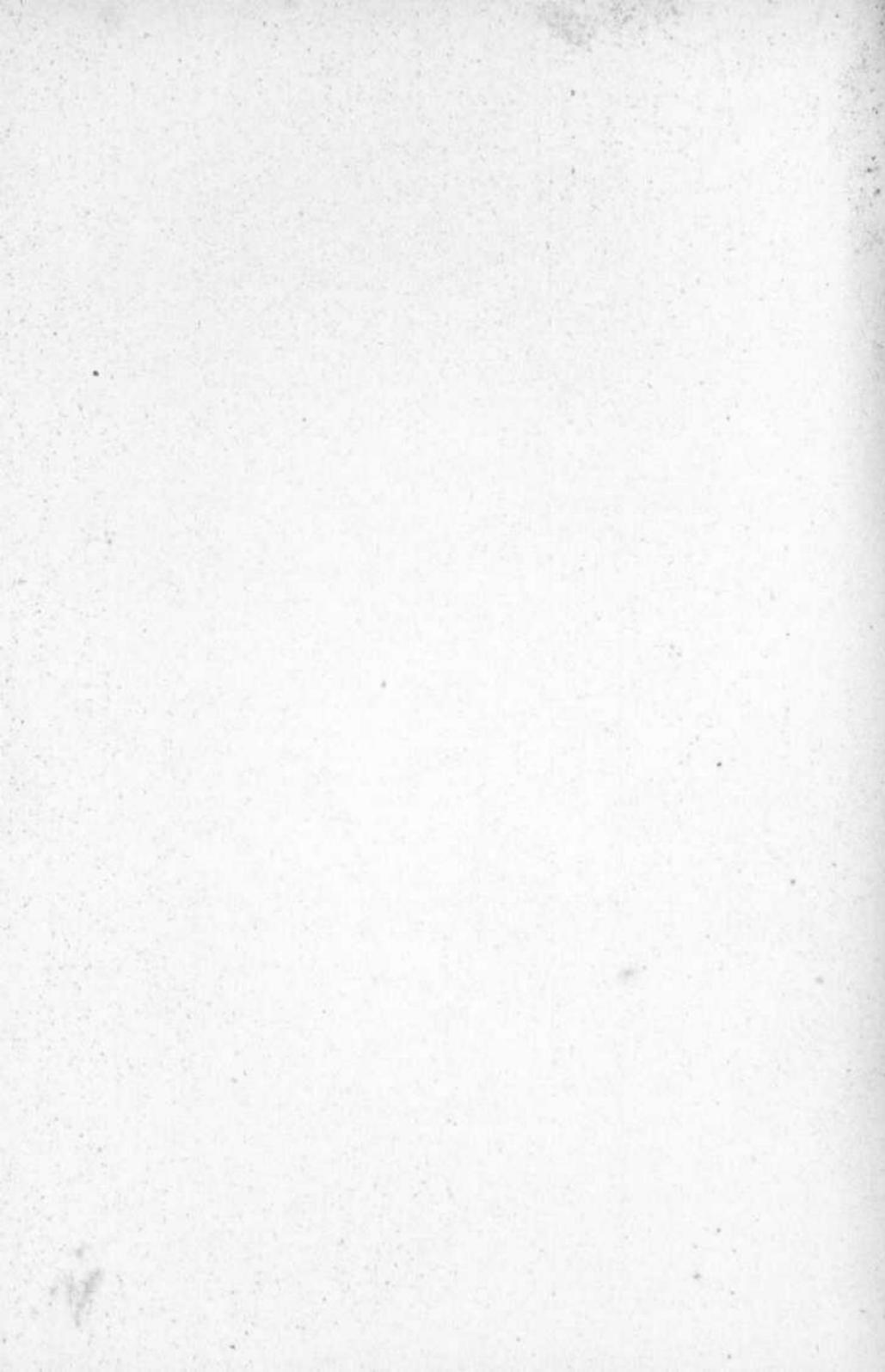
Hnipilli.—Camisa.

Cuéyctli.—Enaguas.

Ceuteotl.—Diosa del maíz.

Y los ya traducidos en las Notas á los anteriores cuentos: *Tezcacatlipoca* (pág. 61), *Teocalli* (pág. 39), *Teopizque* (pág. 39), *Tecuhtli* (pág. 39), *Mexicatecuhtli* (pág. 39), *Xochiquetzal* y *Tonatiuch* (pág. 39).





EL CORCOVADO ⁽¹⁾

Á mi querido amigo
D. Alfonso Rodríguez Manzanares.

Hay almas que en la mayor claridad envueltas ven siempre espantables sombras, y otras que viviendo en tinieblas perennes se sienten de esplendores vivísimos iluminadas.

Esto último le sucedía á Huitlolchi, feo como un mono, contrahecho, corcovado, pequeño... Era de los *guardianes de mujeres reales*, y en el especial *tecpan* que ellas tenían pasaba el tiempo en el más fiel y honrado cumplimiento de sus funciones; todo el tiempo, menos aquel en que el *tecuhtli* le hacía ir al *tecpan* en que habitaba para que

(1) Ver la nota al final del cuento.

le distrajera con las galas de su ingenio, que eran muchas y muy conocidas y celebradas en la vida cortesana y en la del pueblo; pues tan rico de inteligencia como mísero y medrado de cuerpo, no le iba en zaga la excelencia de sus sentimientos á la de penetración de pensamiento.

¡Y bien!... El excepcional Huitlolchi gozaba de excepcionales condiciones en la Corte: era el único palaciego que podía decirle y le decía al Tecuhtli todo aquello que en mientes le venía; el único que cuando así se le antojaba podía salir á darse un paseo por las calles y canales de la ciudad, por la laguna, por los campos...; gustando de hacerlo con frecuencia y solitario por estos últimos sitios, cuando los maizales crecidos reververaban la luz del Sol con tonos de esmeralda; como gustaba de pasear, también solitario, por la laguna, cuando la argentina luz de la Luna rielaba en aquella extensión líquida, si la noche era de perfecta calma.

Y aquella noche de perfecta calma era, y la argentina luz de la Luna rielaba sobre las aguas tranquilas, y él asomó su figurilla ex-

trambótica por entre el *petate* de una de las puertas del real *tecpan*, que al Gran Canal daba; y dejándose caer dentro de su canoa empuñó los remos y desamarró la embarca-



ción y bogó, bogó por canales y acequias, entrando luego en la laguna, alejándose de sus orillas más y más.

¡Cómo hubiera gozado del espectáculo hermosísimo en aquella noche el buen Hui-

tlochi, si gozar pudiera con algo!... La gran *Tenochtitlán*, dibujada en las aguas con maravillosa verdad, el monte Chapultepec con su cintura de gigantescos ahuehuetes, que le prestan asombrosa vista de conjunto; muy allá la encantadora *Texcoco*, en recortada silueta que en lontananza se pierde; el gran fanal estrellado sobre su cabeza; y todo bañado por iluminación fantástica...

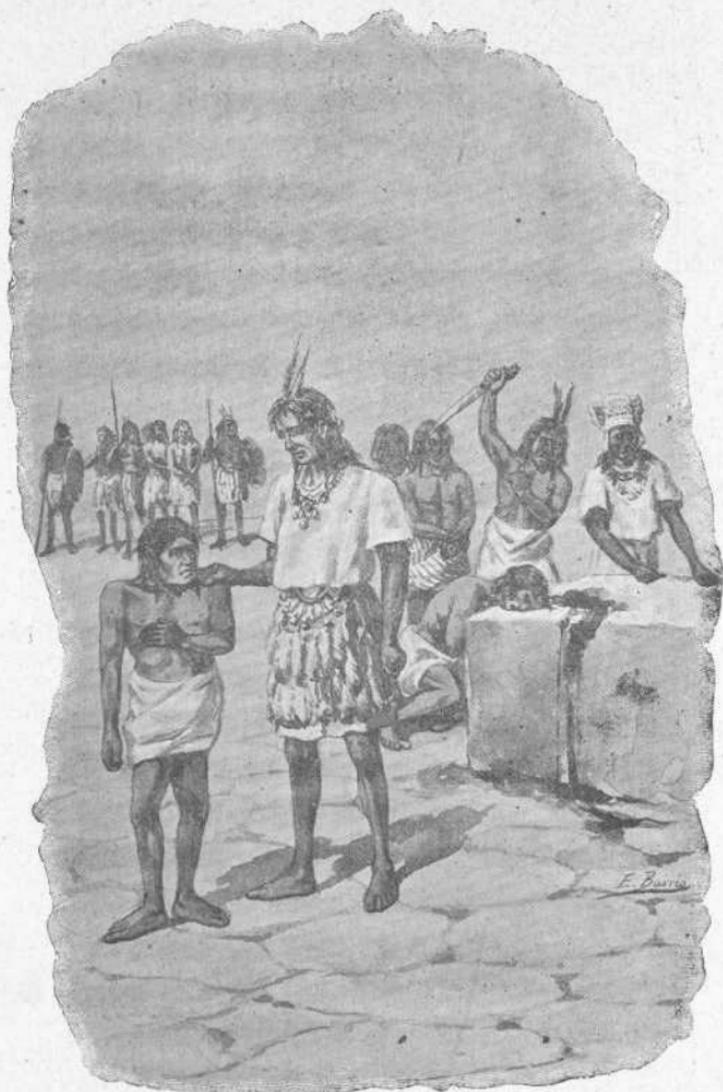
Pero no; él no podía gozar aquella noche. Lo contemplaba todo con profundísima tristeza. Y era porque, como dije antes, el alma de Huitlolchi estaba envuelta en esplendores vivísimos aunque vivía en noche eterna. Hablo así en metáfora, y ahora explicando el dicho en corriente lenguaje diré que llamo sombría noche á las costumbres religiosas, al culto bárbaro allí en tal época; y esplendores vivísimos á una iluminación interna, sobrenatural, del Corcovado que, alejándole con mucho en espíritu de su época, le hacía concebir y sentir y amar lo que no existía: un culto puro, sencillo, digno.

Aquel día precisamente, bañado por los esplendorosos rayos del Sol, rodeándole por todas partes desbordada alegría y el fastuo-

sísimo lujo que allí se desplegaba en los grandes acontecimientos solemnes, con mortales sombras se le había anublado el alma al buen Huitlolchi: Fué la dedicación del nuevo templo consagrado á *Huitzilopochtli*, y con tal motivo no perdonó medio alguno el *Mexicatecuhtli* de dar el mayor esplendor á la sin rival fiesta de dedicación, creyendo en ello sinceramente honrar á la divinidad: porque el Hombre es siempre hijo de las costumbres heredadas y adquiridas, al extremo de que los contadísimos humanos que cual Huitlolchi conciben y sienten y aman y practican lo que no vieron ni oyeron jamás á nadie, dejan de ser llamados hombres para considerárseles *genios*. El *Mexicatecuhtli*, pues, había señalado un año antes á los pueblos del *Sagrado Pacto*, Tlaxcaltecatl, Huexotcincatl y Chololtecatl, lugar de combate; y el éxito coronó los propósitos del piadosísimo monarca, y á centenares se cautivaron los guerreros del contrario ejército; y cuidando muy bien de aprehender sin herir, con larguísimas filas de cautivos para el sacrificio volvió el triunfador á su Ciudad Santa. Y á estas numerosísimas víctimas se unieron

los muchísimos esclavos que por costumbre añeja y especiales exigencias en la ocasión presente trajeron por tributo para el propio objeto los señores dependientes del gran Tecuhtli y de sus coaligados el Texcocano y el de Tlalocan.

Todos aquellos miles de humanos seres á quienes el infortunio quiso reunir allí en aquél día haciago, fueron sacrificados ante el ara del falso dios mexica, por las propias reales manos, por las de los reales coaligados, y por las del *Teotecuhtli* y principales dignatarios eclesiásticos, militares y civiles. Y fueron sacrificados, digo, bajo un sol espléndido, en medio de un lujo incomprensible y de un regocijo íntimo de la multitud, que espantaría y sublevaría el ánimo sin la consideración juiciosa de que acostumbrados estaban á tales espectáculos de generación en generación, amándoles no por crueldad sino por persuasión tan íntima como errónea de que aquel bárbaro fanatismo era agradabilísimo á la divinidad, á quien ofendía el no recibir tales muestras de amor y honra en sus hijos; estando su complacencia y favor á los humanos en relación directa con el grado



de esplendor y número de víctimas en tales festejos horripilantes. ¡Odiemos el delito, y compadezcamos al delincuente! Aún mejor, disculpemos el error de ignorancia, é ilustremos para iluminar la mente del ignorante con los sublimes rayos divínísimos de la verdad!

Pues bien: el alma de Huitlolchi no veía así las cosas, no podía verlas; y, solitario su corazón entre otros muchos miles de corazones, se paralizaba de espanto cuando los demás palpitaban fuertemente emocionados por tan funesta alegría. El contrahecho esclavo, corcovado y feísimo, cuya contemplación causaba irresistible hilaridad, se conmovía tiernísimamente ante el espectáculo que á todos regocijaba en grande. ¡Él sólo, él sólo allí, temblaba de compasión, de tristeza, de para los demás inconcebible melancolía!...

—¿Qué dice mi sin par hermosísimo Huitlolchi?—Habíale dicho observando su fisonomía el Tecuhtli, á cuyo lado estaba.—¿Por qué pones cara de mozuolo ante el azote?—

—¡No hagas caso de mí, *Gran Tecuhtli!* Porque el mochuelo asentó sobre mi co-

razón, y dió su graznido triste, y sobre él extendió sus alas cubriéndole, y nada alegre ni ingenioso podría decirte ahora la pobre bestia!...—

¡Ah! ¡Con qué angustia mortal les vió luego caer uno á uno sobre la piedra del sacrificio, rasgado el pecho por el sagrado cuchillo de oxidiana, sacado el corazón que palpitante y chorreando ofrecido era á la divinidad y luego depositado en la gran *Cuauhxicalli!*... Sumido en sus tristísimas reflexiones, calló y pensó y engrandeció su alma en fuerza de pensar bien cuando lo envolvía el mal. ¡No le era dado hacer otra cosa!

Ahora mismo, paseando en su canoa por la laguna, en serena noche, sobre el agua tranquila, bajo el cielo despejado, bañado por la dulce y poética claridad de la Luna, está tristísimo porque sigue viendo con la imaginación lo que no logró perder de vista desde muchas horas antes: en el silencio y la soledad, ve á las numerosísimas inocentes víctimas, á los sacrificadores, á la multitud...; y oye cuanto oyera horas antes, y siente cuanto sintió, porque la imaginación viva

tiene el don de prolongar las escenas y los afectos, como el don de transformarlo todo prodigiosamente; por lo cual, aquella dulcísima iluminación plateada tiene para Huitlölchi, en los más bellos reflejos que contempla, sanguinolentos tonos; y hasta el encantador perfume delicado que la suave brisa trae de las floridas *chinampas*, le produce extraña sensación de hedor inmundo á sangre humana!...

Muchas veces, por si al unísono de sus pensamientos le habla algo allí, ha mirado al cielo... ¡Pero el cielo se muestra diáfano, sereno, imperturbable; y en él las estrellas múltiples rielan con indiferencia completa á los humanos quebrantos; y la Luna alumbraba majestuosa y dulcemente, comprendiendo él de sobra que todo menos ella, menos la necrosanta *Tezcatlipoca*, señora de la noche, pudiera hablarle así, en el propio sentido de sus nobilísimos pensamientos, ya que ella es la soberana encarnación del sacrificio humano!...

Y él en tanto ha seguido alejándose, alejándose, de la orilla; y la noche, el resto de ella, fué avanzando, avanzando hacia su

término; y la Luna como que comienza á perder su claridad, y el cielo su sombrío tinte, y las estrellas en refulgencia; y él se encuentra allí, junto al gran sumidero del lago, junto al gran caracol imponentísimo y peligroso que las aguas hacen; lugar en donde, como costumbre era en días de sacrificio, se habían arrojado los miles de corazones de las víctimas. Y allí, parando en seco la pequeña embarcación, muy tristemente mirando á las revueltas aguas mugidoras, con ansiedad infinita, y como si dado le fuera contestarle, preguntó:

—¡Qué hiciste de ellos!... ¡Tu también imperturbable tragas uno y otro día, uno y otro año, corazones y riños sin cuento!... ¡Tú también, como ellos, eres cruel!..... ¡Estoy aislado!... ¡Nadie me comprendería!... ¡Nadie me auxiliaría!...—

Y buscando la paz del cielo incommovible para su corazón agitadísimo, elevó la vista... Allá, por la parte del Oriente que enfrente tenía, vió la *Estrella de la Mañana*, el *Lucero del Alba*, á quien así invocó fervoroso:

—¡Oh, bellissimo *Quetzalcoatl*, digno é incomparable entre los dioses todos! ¡Yo te

amo con todo mi corazón! ¡Sufro mucho,
muchísimo! ¡Bien lo sabes!... ¡Dime tú,



sabio de los sabios! ¿Siento y pienso bien al
no sentir y pensar con los míos, ó te ofendo
en ello, divino!—

Absorto Huitlolchi vió y oyó cómo el Lucero, alargando en índice con que apuntaba al sumidero un haz de rayos, le decía con voz arrebatadora y armoniosísima:— ¡Mira, escucha y obedece!—

Y miró y vió surgir del sumidero fantasma de hombre blanco, barbado, con flotantes vestiduras como la nieve del *Popocatepetl* y sembradas de rojas pequeñas cruces.

— ¡Huitlolchi! ¡Huitlolchi!— Habló la visión con la misma voz arrebatadora y armoniosísima de antes: —Soy *Quetzalcoatl*, el poético dios misericordioso y benigno á quien siempre amaste con predilección manifiesta; y yo por eso infiltré en tí pura sangre *nahoa*, aunque de impura raza nacido. Por eso has sentido siempre invencible repugnancia al sacrificio humano... Cuando allá, en muy antiguos tiempos, los primitivos pueblos originarios de estos que el Anáhuac habitan vivían tranquilos y poderosos en los reinos grandes del Norte, en el *Chicomoztoc*, por gran deidad me tuvieron como al Sol mi padre y á la Luna mi madre, y pura y sencilla y dignamente nos honraban como de nuestro agrado era: contemplándonos en el

cielo con fervor muy grande, ofreciéndonos las primicias de su caza y pesca y cultivo, y sahumerios y flores, y nada más!.... Destruídos aquellos primitivos reinos felices, en *Tollan* nos sacrificaron, los hijos de aquellos puros adoradores, víctimas humanas!... ¡Horror! La costumbre maldita les vino de allá abajo, de las regiones del Sur. Después, destruida también *Tollan* y heredero tu pueblo y sus hermanos de la civilización de aquellas gentes, más y más amalgamaron con las reminiscencias del puro culto nahoas las prácticas crueles de las gentes del Sur; y Tenochtitlán, la invicta Tenochtitlán que sobre el lago se levanta majestuosa, se revuelca en el cieno inmundo de la podredumbre, de la sangre humana!... ¡Yo luché mucho tiempo y desesperadamente en *Tollan*! La soberbia ciudad, cuna del arte, se arruinó por siempre con su poderío grande. ¡Ahora te toca á tí luchar! ¡Ve, hijo mío! ¡Predícales sin desmayo ni reposo ni cobardía! ¡Muéstrales claramente los vicios de tal repugnante culto, las fatales consecuencias que él envuelve! ¡Dí sereno, valiente, esforzado, y uno y otro y otro día, que los dioses

verdaderos no quieren derramamiento de la humana sangre, sino efusión pura de buenos sentimientos, de bondad en el pensar y obrar! ¡Desde el poderoso Mexicatecuhtli hasta el más humilde esclavo, sepan por tí cómo los pueblos no pueden ser grandes ni dignos ni respetados ni queridos, mientras sus costumbres sean mezquinas, miserables, crueles; que sólo el culto digno, elevado, puro, agrada al Cielo; que se purifican y ennoblecen y engrandecen los pueblos, como los individuos, respirando el suave perfume embriagador del bien pensar y obrar, vertiendo el llanto honrado de la misericordia; que con tan inhumanas y crueles prácticas, se envilecen y se proporcionan la propia inevitable ruina, ya amenazadora sobre *Tenochtitlán!*... ¡Anda, hijo mío! Tu no puedes ser sacerdote por la condición de nacimiento, pero sí entusiasta y noble y esforzado predicador. ¡No temas ni vaciles! ¡Yo te inspiraré y te fortaleceré en cada momento, como persistas decidido en el fiel cumplimiento de la misión sagrada y hermosísima que te concedo! ¡Los hombres de buena voluntad son iluminados dichosamente en

sus caminos rectos! ¡Ánimo, Huitlolchi, ánimo!...—

El feísimo y contrahecho corcovado, guardián de las reales mujeres y bufón de la persona real, había escuchado en cuclillas sobre su barca, por completo maravillado; y con las notas de las últimas palabras vió desvanecerse la visión fantástica de Quetzalcoatl; y buscándole en el cielo luego sólo vió allá arriba el hermoso Lucero de la Mañana, que rielaba aun cuando ya los espacios se teñían de suavísima claridad rosada, de más franca iluminación cada vez; mientras uno á uno el gran cortejo de astros fué palideciendo, debilitándose, desvaneciéndose...; hasta la Estrella Matutina, al fin.

Aquella claridad creciente del hermoso día, que él embebecido contemplaba, trajo una transformación grandiosa en el mísero corcovado: en pie, fuese hircuiendo, el cuerpo enderezándosele, la corcova desapareciendo; y en la cabeza, noblemente elevada, la fealdad del rostro tornándose ahora en expresión heroica de santidad y valor; y la actitud digna y arrogante.

Aproximando cuanto pudo la canoa al

sumidero, y fijando en él la vista con insistencia grande, dijo: —¡Juro por mi bendito Quetzalcoatl, que cuanto tiempo me permita él vivir lo pasaré predicando contra la monstruosidad del sacrificio humano! ¡Y ojalá, infernal caracol, que no vuelvas á tragar más infantiles víctimas, más humanos corazones!—

Luego se alejó, en retirada, tranquilo, sereno, manifiestamente regocijado y lleno de pensamientos nobles y de temerario valor. Llegando á la orilla, por canales y acequías que cruzaba sin descanso, paró en la antigua *Tlatelolco*; y desembarcando allí se dirigió decididamente al *tianquiztli*; y una vez allí atravesó sereno por entre la grande multitud abigarrada y bulliciosa de muchos pueblos mezclados, comprando, vendiendo, cambiando y perorando y riñendo y á grito pelado pregonando sus mercancías; y subióse al balconcillo que en medio de la gran plaza de mercado había; y con muy alta voz que dominó el bullicio é hizo que prontamente se clavaran en él las miradas, dijo:

—¡Escuchadme bien, oh hermanos míos!
¡Porque en el bien escucharme y atenderme

os va la buena suerte!... ¡Me envía á vosotros *Quetzalcoatl* divino!... Su túnica, como la nieve del *Popocatepetl*, en buena porción está ya empapada en la sangre que con crueldad exquisita derramasteis! ¡Ay de vos-



otros como así acabe de anegarse el blanco sagrado manto en el rojo líquido, porque chorreará sobre la bendecida patria, sobre esta hermosísima y amada Tenochtitlán, y para ella será desgracia irremediable y grande cada gota de tal lluvia de sangre! ¡Ay de

vosotros si oyéndome no os convencéis, si convenciendoo no os compadecéis de vuestras víctimas y no abandonáis por siempre las cruelsímas prácticas!... ¡Acordaos de Tollan, de la encantadora Tollan, de que sin duda os hablaron vuestros padres, y no queráis como sus hijos, amados hijos de Tenochtitlán, ser por la propia iniquidad aniquilados cuando, arrastrando el cadáver de su espirante madre por entre breñales, lo dejaron caer impíos al abismo sin fondo, en que también cayeron ellos arrastrados por la propia víctima. ¡Ay de vosotros si no queréis comprender que un pueblo vive y muere deshonrado cuando interpreta mal la voluntad de sus dioses; si no comprendéis que no puede ser voluntad de esas puras deidades que allá arriba, en la azulada región inmensa, brillan con áureos destellos, el verse rociados de cálida inocente sangre humana, sahumados con el repugnante hedor cadavérico de vuestras numerosísimas víctimas, que en vano tratáis de extinguir con el perfumador copal!...—

Así dijo con proféticos tonos que impresionaron hondamente; y porque así impre-

sionarón, no hubo nadie que al oírle sacrílegamente hablar le echara mano; aunque en verdad no comprendieron de lo que dijo sino los tonos y expresiones y modos, por completo desusados, y alguna muy poca cosa se les quedó de la sustancia de aquel tan inesperado discurso extraño; más bien les hablaba á la imaginación que al juicio todo aquello; y mirando fijamente al orador, se decían:—¡Parece el guardian Huitlolchi!... ¡Pero imposible, porque aquél es feísimo y contrahecho y corcovado, y éste es expresión de la belleza! ¿Qué dice este hombre, que no logramos entender aunque tan claro habla? ¿Dirá verdad?...—

Y él en tanto, habiendo visto salir del *tecpan* la comitiva real, bajando del balcón y atravesando por entre la apretada multitud absorta les adivinaba el pensamiento y les decía:—¡Sí! ¡No os equivocasteis! ¡Soy Huitlolchi! ¡Ni os extrañe tanto la transformación del semblante, porque este es fiel espejo del estado del corazón y el mío está hoy sublimado por la revelación y el mandato de Quetzalcoatl (que es expansionarle en sus propios sentimientos y deseos), y por

la luz de *Tonatiuch* que lo ilumina espléndido.—

Y en saliendo de entre la apiñada multitud estupefacta, corrió cuanto pudo, seguido de muchas gentes como malhechor descubierto, y llegó á colocarse ante la comitiva regia; y el Tecuhtli, extrañado vivamente de que contra todas las leyes de etiqueta y policía un hombre así corriendo le saliera al paso, dió orden de detención y aguardó sobre sus andas reales, bajo el palio de muy rica plumería y joyeles que al sol daba destellos, rodeado de su fastuosísima corte soberana.

Llegando á él, Huitlolchi se inclinó profundamente, tocó el suelo con el dedo medio de la diestra mano, y se lo llevó á la boca respetuoso y digno. Luego, con profunda extrañeza del concurso y del propio Tecuhtli, díjole en tonos muy desacostumbrados:

—¡Tecuhtli, gran tecuhtli de la *mexica* gente! ¡Soy tu siervo Huitlolchi! ¡Mírame bien, que aunque transformado en el cuerpo, según dicen las gentes y según yo siento en el corazón y la cabeza, soy, te repito, tu siervo Huitlolchi, que humildemente te acata por señor y dueño incomparable en este re-

verencial saludo!... Y ahora, pues que enviado del divino Quetzalcoatl me llegó á tí, y á tu pueblo, y á tu raza, no tomes por atrevimiento, ni de delito personal acuses, el hecho de que, faltando á las leyes é incurriendo por ello en pena de muerte, fije, como lo hago, mi vista en tí: porque te amo y contigo á tu raza y á tu pueblo, que míos son también; y por lo mismo, en público y en privado y hasta que los dioses ó tú me hagáis morir, de repetirte he que los pueblos son felices ó infelices en su porvenir según sienten y piensan y practican; que las deidades no miran complacidas, como pensáis, el cruelísimo derramamiento de sangre humana; que ellos, al contrario, desean culto sencillo, puro, humanitario, aunque el fanatismo y el engaño os hayan sumergido en esas horribles prácticas. El bendecido Quetzalcoatl me lo comunicó, y aquí á mi lado lo tengo ahora para inspirarme y fortalecerme ante tí. ¡Huye, amadísimo Tecuhtli mío del horrible fin de la mil veces celebrada Tollan! ¡Danos buen ejemplo tú, señor, que por divina disposición y voluntad riges y gobiernas nuestros destinos! Y en vez de anegarte

en el rojo líquido inocente, derrama sabia bienhechora que fecundice el campo, que pueble lo inhabitado, que engrandezca más y más tu dominio, que plazca á las divinidades, adorando á estas como ellas desean ser adoradas, no como erróneamente te enseñaron tus mayores!... ¡Te lo suplica humildemente tu antiguo esclavo!... ¡Te lo aconseja tu amigo verdadero de ahora!... ¡Te lo manda, por mediacion mía, *Quetzalcoatl!*...—

Todos escucharon absortos, estupefactos; pues cuando tras el reverencial acatamiento á sujetarlo fueron los nobles por el terrible desacato imponderable de alzar la vista al Tecuhtli (cosa que solo podían dos íntimos consejeros), cual roca formando parte del propio suelo, por no comparable fuerza, permaneció incommovible á los atentados de la gente noble. Y como cuando concluyó de hablar hizo el reverentísimo saludo, y volviendo la espalda emprendió con muy tranquilo paso la marcha, nuevamente trataron de sujetarle, de aprehenderle; y como no lo consiguieran, alguno alzó la mano armada sobre su erguida y majestuosa cabeza; pero

el Tecuhtli, faltando á su vez á toda etiqueta palaciega, se levantó precipitado de su rico asiento de cuero de tigre sobre las andas, y dijo conmovido: — ¡Dejad, dejad ir en paz al pobre loco!...—

*
* * *



El *pobre loco*, vivió así muchos años, predicando siempre la misma doctrina salva-

dora, sin que nadie le hiciera mal: los unos, por compasión de la tal supuesta locura; los otros por simpatía grande hacia sus ideales y manifestaciones, aunque oculta por miedo; y los sacerdotes de alta categoría, interesadosísimos en hacer de modo que aquella boca profética callara para siempre, le persiguieron, le tendieron mil celadas, pero todo inútilmente: porque era siempre inmovible á las fuerzas humanas, impasible á los golpes, hasta impalpable en alguna ocasión á los intentos crueles de sus perseguidores.

En cuanto al *tecuhtli*, siempre vencedor y fidelísimo creyente, y por eso entusiasta sacrificador de los humanos, vivió desde entonces en melancolía perpetua; y aunque siempre acusadora la voz de su antiguo siervo, gustó de oírla, buscó ocasiones de ello, escuchó y siguió sus consejos en cuanto abiertamente no se oponían ellos á las religiosas prácticas de sus mayores; y, como á *pobre loco* (siguió diciendo siempre por disculpar su tolerancia extraña con aquél hombre profético), le permitió que en privado y en público le mirara y dijera cuanto quiso; ni

jamás volvió á empuñar su diestra el cuchillo del sacrificio, ni en otra particular fiesta alguna como aquella de la dedicación del nuevo templo á *Huitzilopochtli* se sacrificó durante su reinado largo, próspero y feliz.

NOTAS

El motivo de inspiración para este cuento fué la costumbre tenida de arrojar los corazones de las humanas víctimas sacrificadas á sus dioses falsos en el tumultuoso sumidero que la laguna Texcoco muestra hacia el centro.

Empleé varias voces del lenguaje antiguo, que traduzco ó explico:

Quetzalcoatl.—Dios-Lucero.

Teotecuhtli —Sacerdote jefe supremo.

Sagrado pacto. — Convenio de guerra periódica con algunos pueblos para cautivar al vencido con destino al sacrificio.

Cuahzicalli.—Piedra de sacrificios en que por de pronto arrojaban, en su pila central, los corazones arrancados á las víctimas.

Poyocatepetl. — Alta cima coronada de nieves perpetuas.

Tlatelolco. — Parte de la capital, antes capital de los Mexica-Tlatelolca.

Tollan.—Antigua capital de los Tolteca.

Texcoco. — Capital del reino Acohua.

Petate.—Estera de pita ó magüei.

Aparte de las ya mencionadas en anteriores cuentos, *Huitzilopochtli*, *Tezcatlipoca*, *Tecpan*, *Mexicatecuhtli*, *Tecuhtli*, *Tianquiztli*; *Tenochtitlán*, *Chinampas*.



¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!... (1)

Á mi ilustrado é ilustre amigo respetable, el presbítero D. Cipriano Nievas, artista de corazón y de palabra.

El Capitán español es hermoso, valiente, ilustrado, y tiene su corazón pletórico de bondades, su alma llena de ilusiones placenteras.

Ha templado en la pelea su belicoso espí-

(1) Ver la nota al final del cuento.

ritu, y su espada es en el campo de batalla rayo que confunde, que arrasa, que aniquila.

Por compañero del Conquistador vino á México, y él le dió el triunfo en más de una acción, y él le inspiró en ocasiones varias, y él personalmente lo libró de muerte cierta.

El indio le teme, el soldado español le respeta y quiere, su jefe le considera y mima, sus compañeros de armas y fatigas le aman ú odian, según los sentimientos particulares de cada cual.

Amigo siempre de honradas francachelas, gusta de distraer los ocios del batallar con expansiones del buen humor; gusta de emplear las largas horas de descanso en el gozar honesto y bullicioso.

*
* *

Pero aquel buen humor y trato dulce ha ido visiblemente disminuyendo con el progresivo avance arriesgadísimo de la expedición de descubierta y conquista.

Siempre adelante, van ya muy internados en el continente, ganando terreno. Ante la bizzarría española sucumbe el no menos bizzarro indio, que de pavor se llena á la vista de aquellos monstruos de cuatro patas, que guiados por los *hijos del cielo* encima se les echan.

El Capitán español ha perdido en alegría y buen trato, ha perdido en su afición á las nobles francachelas; y aunque cual siempre se muestre valiente en la pelea, ha perdido también en ardor bélico.



La luz del nuevo día le sorprende pensando, y pensativo le deja el último rayo del Sol poniente, y los argentinos rayos de la Luna le envuelven en sus meditaciones.

Ya no alienta al Conquistador en sus

magnas empresas, ya no le aconseja; ya no es la cabeza organizadora, sólo es ya el brazo potente que esforzado ejecuta, sí, pero sin iniciativas ni ilusiones ni entusiasmos.

De un único deleite goza: hablar á solas con los indios apresados, mejor aún con alguno libre que la buscada ocasión le depara; y hablarle sólo para preguntarle una única cosa:

—¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!...— ¡No ve más! ¡Le ha cegado la ambición! Ha visto que lo usa el indio en adornos, ha visto la esplendidez con que el *Gran Tecuhtli* lo envía al Conquistador.

—¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!...— Pregunta constante al indio. ¡Maldito por siempre el oro, que así avasalló, que así atrofió facultades, que así abismó la noble alma, que así aniquiló el esfuerzo, el humor, la bondad!...

El Capitán español está irresistible: sólo los que bien le quieren por compasión le toleran; el Conquistador no toma ya de él

consejo, porque su única respuesta imprevista es: —¡Adelante!...—

Y este—¡Adelante!—, no es el del febril guerrero que ambiciona con el noble triunfo llegar á la meta de su empresa; es el *jadelante!* del avaro vil, que sin reparar en medios codicia atrapar cuanto antes el tesoro.

Y, pretextando solitarios paseos, en cuanto ocasión tiene camina en el misterio, y misteriosamente trae y oculta joyeles, contra las severas órdenes del común reparto. El cómo los adquiere, misterio es también.

Y nada le sacia: Cada atardecer le sorprende el último rayo del poniente Sol meditando, y los rayos argentinos de la Luna le envuelven en sus meditaciones, y el rosicler de la Aurora lo encuentra meditando.



En el espléndido reloj del firmamento estrellado, ha sonado la media noche de una

clarísima en que la Luna se muestra llena. El Capitán español abandona sigilosamente su tienda, luego el campamento.

Los centinelas le dejan libre el paso: al fin es el privado del Conquistador, y orden ninguna tienen para impedir su partida. ¿A qué, pues, ponerle obstáculos?

El Capitán español va montado en brioso corcel blanco, con su ropilla de seda y terciopelo que para las grandes solemnidades guarda, armado de todas armas, más animado el semblante de lo que acostumbra ya.

—¡Hora es de decidirse!... ¡Ella me ha prometido oro, mucho oro, como vaya y me la traiga al campamento!... ¡Un poco de valor no más! Si el indio viejo, su padre, lo descubre... ¡Ya veremos!...

»¡Adelante!... ¡Adelante!... ¡Adelante!... Lo necesario es llegar, tomar el oro, guardarlo!... ¡Lo demás, qué importa?... A él, al viejo indio, si nos descubre y se resiste, lo mato sin piedad!... ¡Ella... allí quedará!...

No la amo, y al fin podría acusarme y descubrirme ante los míos!

»¡Adelante!.. ¡Adelante!... ¡A por el prometido oro!...— Pero en su interior oye una voz que le grita: «¡Y no te arredra el medio doblemente malvado conque piensas tomarlo, tú, el de los nobles sentimientos en otros pasados días no muy lejanos aún?»



Esta voz acusadora no le detiene. Ciego ya por la avaricia, aguijonea al bruto con entusiasmo indigno; y el noble bruto se lanza á la carrera; y él, lejos, muy lejos, divisa de pronto diminuto fantasma blanco.

¡Es ella, sí!... Es ella, aún lejos, muy lejos; ella, cuyas formas ocultan el vistoso *cueyettl* y el largo *huipilli*. Ella, que con

blanco lenzuelo le hace señas, á las que el avaro caballero responde con ardimiento de la sangre y latidos del corazón.

Y sigue agujoneando impaciente al animal, que á tendido galope cruza el campo; y anhelante sigue con la vista el punto blanco que cual diminuto fantasma se ve allá, muy allá aún; y con el pensamiento busca y toma y oculta en sí mismo el oro!...

Pero la hermosa Luna se vela; sólo ya tal cual vez y entre las nubes que cruzan, envía algún rayo de plata; y los nubarrones acaban por cubrir el Firmamento, ocultando las luminarias todas.

Y se desencadena furioso el viento; y rugido sordo como de mal despierto león se siente allá arriba; y cárdena luz rasga frecuentemente el sombrío manto que lo entolda todo.

¡Estalló por fin la tempestad con su aparato hórrido!... Y, á la luz del rayo, el Capitán ha visto allá lejos á la india, y aquí

cerca, muy cerca, un blanco fantasma que en la obscuridad luego sigue resplandeciendo.

Visión de femenina beldad blanca, rosada, de suelta cabellera que el furioso viento esparce, de ebúrneas formas torneadas, llevando en la diestra montón de pedrería que en la oscuridad destella con seductoras irrisaciones.

Vuela, aunque de alas carece, y al impulso suavísimo de sus pies desliza gran bola del preciado metal, cuyo sonido repercute en el corazón del caballero con la más sublime de las armonías soñadas.

Velocísima va ante él, vuelta siempre la cabeza, sonriéndole seductora, y diciéndole con frecuencia:—¡Ven!... ¡Sígueme!... ¡Soy tu amada! ¡La Fortuna!...—

Y él la sigue ansioso por valles y montes, por sobre escabroso suelo, y sembrados, y surcos de agua, á la fiera carrera del noble bruto que, enardecido ya por extremo, resopla por la ancha naríz.

Sí; á la fiera carrera del bruto noble, espantosamente fatigado por la carrera grande, y aún queriendo sin embargo beber todo aquél furioso vendaval que lo combate para obedecer más diligente á las excitaciones del loco dueño.

Del noble bruto que por todas las partes de su cuerpo chorrea sudor, que muestra enormemente dilatadas y ensangrentadas las nasales fosas, que riega el suelo de blanquecino espumarajo.

El Capitán español ha dejado ya muy atrás su campamento. El viento ha ido arreciando. El trueno y el rayo son más y más espantosos. El animal como si no pusiera los pies en el suelo, sin embargo de lo cual siente en los ijares el acicate.

El caballero ha perdido la gorrilla, desgrádosole ha la capichuela, y descompuesta lleva la faz, y muy inclinado hacia adelante el cuerpo, y muy alargada en la propia dirección su diestra.

Avanza así cuanto puede el cuerpo y la diestra, porque pretende ansioso apoderarse de la pedrería que la visión le muestra diciéndole con voz de sirena:—¡Ven!... ¡Sígueme!... ¡Soy tu amada! ¡La Fortuna!...—



Y descompuesta lleva así la faz, porque en vano aguijonea al animal, y éste se esfuerza, y más que correr volar parece el ginete sobre su bestia: porque ella, la visión, corre más siempre, y cerca, al alcance de la mano, jamás logra alcanzarla.

Los cascos del bruto desgarran el flotante

manto vaporosos que enredado á sus pies lleva el fantasma; y aún golpea la áurea bola que aquellos encantados pies impulsan, llevando ecos de gloria al corazón del caballero.

Tanto como el ruido del rodado oro, la deslumbradora vista de aquella pedrería lleva á su alma increíble ardimiento... ¡Pero nada consigue! ¡Aunque siempre próxima, muy próxima, siempre le va delante la Fortuna!...

La fugitiva luz cárdena le ha dejado ver ya cerca á la india que le aguarda, que le hace señas de contener el ímpetu del potro; y al propio tiempo, entre los negros nubarrones dibujándosele han europeos castillos y palacios; y abajo, en el suelo que tiene enfrente, hórrido precipicio.

Y juntamente con todo eso, la luz fatídica le ha mostrado junto á sí, á la derecha, extrañísimo ginete sobre potro negro como la noche triste, y envuelto en negro manto largo que flota al viento como enormes alas de vampiro.

¡Negro y flotante manto largo, como enormes alas de vampiro! ¡Personaje extraño sobre un negro caballo!... Se le acerca más y más, y pone al fin su bestia negra pegada á la blanca del Capitán, y su propio cuerpo y su propio rostro á los de aquél.

—¡Ven!... ¡Sígueme!... ¡Soy tu amante! ¡La Fortuna!...—Le repite ella con seductora expresión, mientras por los aires como á impulsos del desencadenado viento, sigue haciendo sin cesar rodar la bola.

—¡Soy tu destino, infeliz!... ¡Vuelve hacia mí la fatigada vista una vez tan sólo!—Le silva el jinete extraño con helado aliento, que por un momento paraliza el febril delirio del caballero.

—¡Soy tu destino, infeliz!... ¡Por eso mi potro se une íntimamente al tuyo, y mi cuerpo y mi cara á los que te pertenecen!... ¡Soy la realidad! ¡Ella, un vano fantasma!... ¡Contéplame una vez tan sólo, y aún podrás salvarte!...—

Otro rayo le hizo contemplar á la pobre india, muy cerca ya, suplicante, incitándole con el ademán á pararse y descender, aterrorizada del inminente peligro que corría como se lanzara el caballo sobre el débil puente de tablas salvando el abismo, sobre el cual estaba ella.

—¡Contéplame una vez tan sólo!... ¡Mi álito es helado como el viento que llega de las altas cumbres nevadas! ¡Mírame, insensato!...—Y la india, en tanto que así le habla el del negro potro, sigue suplicándole arrebatada.

Peio él no era ya dueño de sí mismo, y como si no oyera al uno ni á la otra viera. Sólo se daba buena cuenta de la blanca y rosada y seductora visión que con pies y manos le ofrece deslumbradores tesoros, repitiéndole siempre:—¡Ven!... ¡Sígueme!... ¡Soy tu amada! ¡La Fortuna!...—

Y en su loca y ciega persecución de la beldad fantástica, siempre al alcance de su mano pero nunca por ésta alcanzada, se pre-

capitó sobre el puente, y su potro blanco arrolló á la infeliz india!...

Un grito humano se unió al hórrido concierto de la tempestad! Grito espantable de dolor, de angustia mortal, de maldición!... Allí quedó tendida, exánime, en el estrecho puente de tablas sobre el hondo abismo.

Y el caballero sintió al paso el contacto frigorífico del cuerpo y de la cara y del álito del misterioso acompañante, ginete en el negro potro.—¡Soy tu destino!... ¡Ya no hay salvación para tí, porque la pasión del oro te hizo criminal! ¡Contémplame! ¡Es hora ya!—

Desencajado de espanto, volvió la cabeza al fin hacia su derecha. Nuevo grito aterrador resonó en los aires. ¡El del negro manto flotante, cuyo aliento parece el viento venido de las altas cumbres nevadas, era la Muerte!...

La Muerte que, al fijar las concavidades de sus vacías órbitas en la faz del temible soldado de otros tiempos, lanzóle para siempre

en el abismo que bajo los cascos del asustado
y ya desfallecido potro se abría.



Cubren el cielo sombríos nubarrones, que
á intervalos rasgan las centellas. Sobre el

estrecho puente de tablas, vese á la india muerta; y en el fondo del abismo profundísimo, medio destrozados, el noble potro blanco y el avaro Capitán español.

Un indio viejo, atraído por el fúnebre gritar, ha corrido presuroso hácia el lugar de la catástrofe. Ha fijado su mirada dulce en la pobre víctima, á quien abraza y besa llorando como un niño; y contemplando el fondo del abismo, dice airado:

—¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!....
¿Por qué no os vais allá, á vuestras tierras, y nos dejáis tranquilos en las nuestras! ¡La has matado, á ella, luz de mis ojos, fuego de mi corazón, aliento de mi vida!...

»¡Maldito eres!... ¡Ya te castigó mi dios Huitzilopochtli!... ¡No irás tú al *Ilhuicatl-Tonatiuch*, mansión del mexicatl valiente que muere peleando contra el enemigo! ¡Al *Tlalocan* irás, que para los condenados es!—

Y mientras esto decía el indio viejo allá arriba, sobre el puentecillo de tablas, en el

fondo del abismo é invisible para él estaba junto al caballero, recogiendo su último suspiro, el medroso ginete del potro negro, que silbaba á su oído:

—El que como tú sigue ciego á ese vano fantasma que se apellida Fortuna, sin reparar en los medios que en juego pone para llegarse á ella, muere como tú por el propio ardimiento de su impremeditación y locura.

»Te seguí y llamé la atención en el peligro. ¡Aún hubieras librado bien sin tal desdichadísima ceguera!... ¡Pero tu crimen salpicó de sangre las blancas crines de tu noble bruto; y así ya, precipitaste el fin de tu vida!...—

NOTAS.

Este cuento fué inspirado en el cuadro del renombrado artista R. Henneberg, que lleva por título *Jagd nach dem Glück*.

Las palabras usadas que necesitan traducción son:

<i>Ilhuicatl-Tonatiuch</i> .—Residencia del Sol en el cielo; en donde el día es eterno, el goce y el placer.	nado á los de muerte violenta.
<i>Tlalocan</i> . — Alojamiento desti-	<i>Cuéyatl</i> .—Especie de enaguilla que usaban las mujeres.
	<i>Huipilli</i> .—Larga camisa, con ó sin mangas.



EL AGUA SALVADORA (1)

A la madre amantísima, Excelentísima Sra. viuda de Oñate, y á sus simpáticos hijos Matías, José y Andrea.

Viví hace muchos siglos, y por el siempre lozano pensamiento te trasmito rara aventura de que protagonista fuí:

De chicuelo, revoltoso, inquieto, loquillo, para mí no había cosa con respeto tratada. ¡Ni aun por miedo el casco de guerra por mi padre usado, espantable cabeza de *ocelotl*, como que pertenecía él al alto cuerpo de los *Cuauhtli-Ocelotl!*... ¡Ni aun por veneración el imponentísimo *Teotecuhtli*, que sólo en las grandes ceremonias se dejaba ver, y en-

(1) Ver la nota al final del cuento.

tonces rodeado del fúnebre cortejo solemne que le formaban los *teopixque*, de enmarañada sangrienta cabellera, de ennegrecido rostro lustrosísimo! ¡Ni aún por santo temor al reverendísimo señor dios nuestro *Huitzilopochtli*, con sus muslos y brazos azules á fuertes rayas, con su pierna izquierda emplumada, con el rostro cubierto por espantable máscara sagrada de pico de oro pulido, coronado por alto penacho en forma del pájaro *mitzitzilin* con cola de pavo real, el cuerpo cubierto de rico manto largo de plumería verde, á la espalda estandarte de oro y pedería, los piés calzados por azules *cactli*, y con blanca rodela y dardos y larga lanza, y el cetro en forma de retorcida serpiente!... ¡Nada, nada me infundía á mí el menor respeto! ¡Ni el miedo, ni la veneración, ni la divinidad! ¡Pero ante mi madre me llenaba de ternura; y entonces este dulce estado del ánimo suplía bien al sentimiento de seriedad de que tan por completo estaba privado. Porque cuanto quería ella hacia yo, atraído por el suavísimo acento y las inflexiones de su voz, para mí de melodía incomparable y con mayor motivo inexplicable. ¡El acento

dulcísimo de su voz!... ¡Las inflexiones sonoras con que la modulaba para expresar cuanto sentía y pensaba!... ¡Ah madre mía adorada! ¡Cuánto diera ahora por escucharte, por poder estremecerme de placer íntimo, indefinible, inexplicable, ante aquellas súplicas y aquellas advertencias y aquellas saludables máximas que en mí vencían el instinto de irrespetuosidad, la índole en demasía inquieta, irreflexiva, intemperante!

— ¡Déjale hasta más tar-

de!...—Le decía muchas veces dulcemente á mi padre cuando éste, cansado de mis continuas desobediencias y diabluras de loquillo, trataba de castigarme con severidad.— ¡Luego, cuando tenga algún año más, será otra.



cosa muy distinta. ¡Tú lo verás!...—Y después, dirigiéndose á mí, añadía:— ¡Vamos, hijito mío! ¡Ven acá!... Es preciso que reconozcas también esta vez el mal que hiciste, la muy justa ofensa del padre, la obligación que por ello tienes de pedirle perdón, y con él al ofendido ó perjudicado!... ¡Así, así te quiere mucho tu madrecita, que en premio de tu buen corazón te va á dar ahora mismo la más bella rosa del jardín, y con ella el más amoroso beso de sus labios!...—Y haciendo lo que decía, yo hacía cuanto quería ella... ¡Sí, todo! ¡Hasta lo que más trabajo me costara! ¡Ah, madre mía muy amada!... ¡Cómo te hubiera yo dado todos los bienes de la Tierra, á serme ello posible!... ¡Cómo hubiera aliviado tu dolor!... ¡Porque, aunque nunca se quejaba, sufría mucho!...: Numerosas veces la encontré en actitud muy triste, cubriéndose el semblante con las manos... Y alguna de estas veces, acercándome á ella con gran cuidado de no hacer el menor ruido, la separé rápido las manos besándola en los ojos. ¡En sus hermosos ojos, que me impregnaban los lábios de cálidas lágrimas!...

Esforzándose en disimular, nunca me dijo

la causa de sus tristezas; pero más de una vez, al despertar entre la noche, oí que mi padre la consolaba:—¡Acabarás por hacerme á mí también tristón!... ¡Qué lo hemos de hacer!... ¡Y que para ir viviendo, tenemos lo suficiente!...—¡Sí; pero él!... Pobrecito mío!... ¡Yo que quisiera dejarle á nuestra muerte mucho de sobra!...—Y lloraba, y yo no lograba oír más ya, ni conseguir pude nunca que me comunicara sus penas:—¡No tengo ninguna, hijo mío! ¡No tengo ninguna!...—; me decía. ¡Aquella santa mujer no quería amargar en lo más mínimo mi infancia!

Ya tenía yo 12 años cuando una noche, creyéndome dormido, la conversación fué más larga y luminosa para mí; y entre lo oído la tal noche y tantas otras anteriores, aumentado por mi imaginación y mi inteligencia tan deseosas de ahorrar á mi madre disgustos y cabilaciones, pude al fin darme buena cuenta de cuanto pasaba: Habían casado con buenos medios de fortuna ambos, y se encontraban arruinados: en la región donde habitábamos, hacia ya años que las lluvias escaseaban más y más, y con ello las

corrientes líquidas disminuían en número y caudal, se secaban muchas, otras se hacían notar sólo en muy cortas temporadas. Así, naturalmente era pobrísimo el cultivo. Cuando me dí ya buena cuenta de todo esto, fijé la mente en lo que hasta entonces no hice: en que algunos de nuestros vecinos se habían ido á vivir á otra parte, sin duda tratando de evitar ruina completa. Lo mismo proponía aquella noche mi madre; pero se comprendía que, al hacerlo así, no solo desconfiaba de que mi padre accediera, sino de su misma suficiente resignación para abandonar el suelo que les vió nacer, las tierras que sus padres, como ellos y como sus abuelos, cultivaron.

Aquella noche fué en mi vida de completa crisis: me acosté niño desobediente, irreflexivo, loquillo, y me levanté hombrecito juicioso y pensador. Por eso, en cuanto ocasión hallé para ello, así dije á la madre mía:—

—¡No! ¡Yo no quiero, no debo, no puedo consentir que por mí sufras tanto!... Lo he oído todo, y ya es inútil tratar de ocultarme nada: querías que me sobraran siempre las tierras de cultivo, los frutos, los ganados... ¡Yo no necesito más que tu cariño! ¡Tu

cariño, y el de él; el de mi amado padre, pues aprendí esta noche que me quiere mucho también!... Vive tranquila, que desde ahora seré ya muy formal y respetuoso, obedeceré, me haré hombre, y viviremos los tres muy satisfechos y queriéndonos mucho... ¡Pero no has de llorar más!... ¡Está prohibido eso!—

Me colmó de abrazos y de besos y de lindas rosas, y fui en verdad desde aquel día atento, juicioso, trabajador... De modo que mi buen padre acentuó sus manifestaciones de cariño, y todos llegaron á señalarme como de buen hijo modelo.

¡De buen hijo! Todos, menos yo, estaban satisfechos de mi conducta... ¡No, yo no podía estar tranquilo! Porque el espejo de mi dicha eran los ojos de mi madre, y aquellos ojos dulcísimos no acababan de alegrarse como los veía á todas horas cuando yo era pequeñito; al contrario, con harta frecuencia los hallaba empañados, hasta derramando abundantes lágrimas. ¡Era yo causante de tal pena! ¡Segurísimamente!... ¡Ah, la buena madre!... Antes, aumentaba su aflicción natural de ver disminuir considerablemente el

bienestar de su casa el hecho de que yo fuera tan irreflexivo y díscolo y holgazán: porque juiciosamente pensaría en que ninguna cualidad tenía para contener la segura ruina de la casa para muy en breve. Y ahora se desconsolaba al pensar que mis trabajos, mis afanes manifiestos, mi buen deseo y material ayuda, aquel prescindir por completo de mi modo de ser y aquel emprender resuelto la tarea sería á que me entregaba uno y otro día desde la noche ya dicha, impropia no sólo de mi modo de ser hasta entonces si no hasta de mi edad, sería infructuoso. Porque la sequía continuaba, y según los sábios *teopixque* era seguro que se pasarían años y más años así, como una causa imprevista ó un favor especialísimo de las divinidades no torcieran el curso natural de las cosas. ¡Maldita falta de agua, que así la desconsolaba á ella!... ¡Una causa imprevista!... ¡Un favor especial de las divinidades!... Era preciso indagar. Por eso le dije:

—¡Madre querida! ¿No vive nadie adonde, como aquí ahora pasa, llueve poco y no hay ríos grandes?—

—Sí. Hay sitios en donde, abriendo gran-

des zanjas al través de los campos, por ellas



traen el agua de los montes.—

—¿Y por qué no hacen aquí eso mismo?—

—¡Ah, hijo mío!... Está el agua abundante lejos, muy lejos!... ¿Ves aquellas montañas azuladas que las nieves cubren arriba?... Pues de allí sólo se podrían traer. ¡Y para eso

harían falta mucho tiempo, muchos hombres, mucho trabajo!...—

—¡Entonces!... ¿No pueden arreglarse de otro modo!...—

—Mira: Dicen que en los países lejanos de allá abajo, en *Cam-pe-che*, en donde apenas cae agua de los cielos y en que aún menos corrientes de ella que aquí hay, se encuentran á veces y en sitios hondos, muy hondos, aguas que corren y que están paradas; y de allí las sacan, y con ellas riegan sus campos... Yo no lo he visto; pero lo oí contar á quién lo vió. Allá aparecen las salvadoras aguas, en las entrañas de la tierra, en sitios huecos y muy oscuros, que dan miedo.—

La escuché en religioso silencio, y cada noche desde entonces soñé luego con sitios hondos, muy hondos, y oscuros, muy oscuros, que daban miedo; y en medio de la oscuridad grande, relucir y correr veía una cosa... ¡Era el agua, la salvadora agua!

—¡Si yo encontrara en la tierra el agua!... Pensaba cada día cien veces. — ¡Sí; pero sería en sitio hondo, hondo, oscuro, oscuro; y me daría mucho miedo penetrar allí, porque habría *coyotes*, *océlotl*, *náuyatl*, *cuauh-*

lli... ¡Y me matarían y me descuartizarían y me comerían!... ¿Pero iba á dejar por eso que mi madre, mi amada madre, muriera de pena por la falta de agua?... ¡No, no! ¡Era preciso buscarla, encontrarla, traerla, aunque en ello perdiera la vida!—

¡Ah, cómo se sufre con tan encontradas ideas, aunque sólo se tenga 13 años! En la imaginación se me confundían la salvadora agua y las fieras terribles, el suave murmullo y los feroces rugidos; y en confuso consorcio llegaban á mí, con tales visiones y ruidos, la placentera cara de mi madre y el cuerpecillo mío sangriento y destrozado: que ella, regocijada á la vista del agua, venía á buscarme y á contemplarla, pero viéndome así ensangrentado, daba espantoso grito y caía de espaldas, los brazos abiertos!... ¡Y yo no poderla socorrer, medio comida ya de las fieras! ¡Ah, madre mía adorada!...

La lucha de espíritu fué grande y larga; pero venció en mí al miedo aquél tierno sentimiento de dulce amor á la madre, á quien me hacía daño ver sufrir. ¡Estaba decidido!

Era un amanecer; ella dormía aún, y yo,

inclinándome cuidadoso le dí el tierno beso de despedida... ¡Se lo dí en la entreabierta boca, y sus labios se replegaron como si gustara el más sabroso de los manjares!... Y salí de la casa paternal, del pueblo luego, y más tarde perdí de vista el pequeño territorio que conocí hasta entonces.

¡A dónde iba!... ¿Lo sabía yo; podía saberlo? ¡Es imposible, en los 13 años, señalarse un rumbo fijo para ir á encontrar la salvadora agua que los campos sedientos reclaman desmayados; y más, cuando los sábios *teopixque* han dicho que el agua necesitada no vendría en muchos años.

Ahora bien: Por mucho que sabían los *teopixque* (yo no ponía en duda su gran sabiduría) más cosas y mejor tenía que conocer el mil veces bendecido Tlaloc, dios de las aguas; y él, el divino, me había prometido la que yo quería buscar y hallar y traer, para consuelo del maternal corazón apesadumbrado. ¿Adónde las encontraría? Yo no sabía nada sobre ésto ni me importaba. Sólo, sí, estaba seguro de hallarlas en sitio hondo, muy hondo, y oscuro, muy oscuro, en que no me habría de dar miedo el entrar porque

él me protegía, porque él me libraría de todo mal.

Y así anduve, anduve, uno y otro día, sorprendiéndome el que nunca tenía hambre, fatiga, sueño...: el pensamiento de la madre me inundaba el ser, me fortalecía, cuando el menor síntoma de cansancio, de hambre, de desfallecimiento, pretendía asomar en mí. ¡Su adorada imagen, que llevaba en el corazón, me alimentaba y reanimaba sin duda!

Llegué por fin á un sitio frondosísimo, á una muy hermosa selva, en donde á los gigantescos cedros, caobos, ébanos, chicozapotes, jabines, palmeras y capomos (cuyas ramas arraigan, formándose gigantescas arcadas), se entrelazaban trepando por sus añosos troncos la bainilla, la canela, las caprichosísimas orquídeas ideales muy variadas, cuyas flores como fantásticos animalejos que incansables revolotearan en corto espacio, se agitaban valanceándose y luciendo espléndidas con sus raras formas sus hermosísimos matices incomparables; y por entre la tupida enramada, entre graciosos y alegres insectos como las muy variadas y bellas mariposas, se movían vertiginosamente los pajarillos

rayos de sol, las aladas piedrecillas preciosas, los huitzizilin encantadores.



Y entre el esmalte de colores vivos, cambiados, ideales, luminosos, que lo dominaban todo, ví la negra entrada de una gruta. ¡Ya

tenía enfrente el sitio hondo, muy hondo, y oscuro, muy oscuro!... Avancé pensativo, y pronto retrocedí con espanto!... Pero acordándome de ella emprendí nuevamente la marcha, resuelto, decidido; y aunque ya á la boca de la gruta sentí formidables rugidos que ahora mismo, ya largos siglos momificado, me infundirían pavor muy grande, entonces no me acobardaron, henchido el corazón de amor á la madrecita y de confianza en el divino *Tlaloc*.

Penetré... Como si llevara en la mano antorcha luminosa, en la negrura terrible del hantro veía, y veía maravillas: Las paredes tornasoladas, como tapizadas de pedrería muy rica; los techos, como revestidos de colgantes cristales que recogiendo la misteriosa luz daban reflejos de cambiadísimo colorido, al descomponerla... ¡Era un encanto todo aquello!... Y tras una enorme pieza subterránea vino otra, y otra, y otra, tenebrosas todas excepto en aquella parte de enfrente que al caminar iluminaba con mi invisible antorcha, que fingía cascada de rubíes y topacios, de diamantes y *quetzaliztli* y amatistas y *chalchihuitl* y *epiollotli*... ¡Y siempre

oyendo más y mas cercanos y terribles los confusos rugidos y silbos y bramidos y gritos...

Atravesé al fin bajo soñado arco de efectos de luz maravillosos; penetré en enorme salón espantable: las fieras de mil clases nunca vistas me amenazaban de todas partes, y en el fondo un torrente de agua mugidora se precipitaba de la altura con ensordecedor ruido, con tumultuoso movimiento; y el agua clara seguía luego corriendo por el suelo en serpentina línea larga, muy larga, de la cual no descubría ni aún imaginaba el fin. Las fieras, con sus amenazadoras actitudes y voces terribles, parecían decirme:—¡Ay de tí, como avances!...—Y el agua cristalina, con su deslizamiento serpenteado: —¡Ven! ¡Síguenos! ¡Ven!.....— ¡Qué hacer, adorado *Tlaloc* mío!.....

El constante amoroso pensamiento en la madre, que me sostenía sin comer ni descansar ni dormir, fué en mí más fuerte que el grande espanto sentido ante las fieras; y siguiendo el llamamiento dulce del agua, caminando á sus orillas siempre, atravesé por entre los monstruos sin que sepa explicarte cómo pudo aquello ser, cómo no

sucumbí de miedo, cómo se conformaran con la constante amenaza espantosa; sin duda fuí para ellos sagrado, inviolable, ó tal vez aquella invisible antorcha con que mi camino alumbraba les infundiría pavor.

Debí de caminar muchísimo por aquel subterráneo inacabable, ir muy lejos... Al fin me encontré en espaciosísima pieza, cuyo suelo brilló como claro espejo al iluminarse: estaba inundada, era un enorme lago tranquilo. Le orillé, fuí hasta el fondo de la pieza, y no hallé salida; miré la parte por donde había entrado, y como si nunca hubiera habido por allí ni por ninguna otra parte comunicación con el resto del subterráneo. Estaba encerrado; ni sentía ya comezón de andar, quedando al contrario muy tranquilo allí como si el término del extraño viaje largo hubiera llegado para mí en tal punto.

Siempre confiado en Tlaloc, siempre con el pensamiento fijo en ella, por instinto de mi grande amor filial tal vez, ó como por el inefable placer de haberla con el agua hallado consuelo y felicidad, ó tal vez por anhelo grande de oír su voz querida, dije en

formidables gritos: — ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre adorada!... «¡...ada!... ¡...ada!... ¡...ada!...» Me respondió el subterráneo en sus escondrijos. Y entonces, creyéndome sepultado allí para siempre en vida, mi desconsuelo fué grande. Sin embargo, no tardó su imagen en llenarme, cual siempre, de esperanza, y confiadamente aguardé. Después de todo, aquel sitio era delicioso; pues aunque prudente te le figures de soledad y tristeza, no era ni con mucho así: todo en derredor de las aguas crecía variada vegetación asombrosa, lozana, en cuya enramada se movían las aves, los insectos, los pequeños cuadrúpedos; y en las aguas habitaban infinita variedad de peces, de aves acuáticas, de anfibios, de zoófitos; y todo lo alegraba la misteriosa luz que parecía partir del sitio en que me situaba.

Una vez sentí allá arriba muy por encima de mi cabeza y por mejor decir de la abovedada cubierta del subterráneo, pisadas suaves y latidos de angustiado corazón que repercutieron en el mío con ecos de gloria... ¡Sí! ¡No podían ser los de otra persona alguna aquellas pisadas, aquellos latidos.

—¡Madre!... ¡Madre querida!...—

—¡Hijo!... ¡Hijito mío adorado!... ¿A dónde estás!... ¡Acude á mí, que muriendo de pena vivo, y sólo me mantiene en el Mundo la esperanza de verte!—

—¡Alégrate, madre mía! ¡Estoy en el sitio hondo, muy hondo, y oscuro, muy oscuro, en donde vine á buscar agua para nuestros campos! Si en el agua has de hallar la felicidad, muy feliz eres ya, madre mía! ¡Muy rica!... ¡Porque aquí la tengo para tí en cantidad enorme!—

—¡Sí!... Fuera así feliz á tu lado, pues para tí quería las riquezas. Pero sin tí, ni aun la vida!... ¡Y quién ha de sacarte de ahí, hijito mío adorado?... ¡No puedes desandar el camino?—

—¡No! Se cerró la entrada al subterráneo, y no tengo salida alguna!—

—¡Ni por aquí afuera presenta el suelo rocoso una mala grieta!... ¡Qué hacer, divina Tezcatlipoca!...—

—¡Que piquen, que ahonden, que trabajen hasta llegar aquí!—

—¡Ah, hijo querido!... ¡Tardarían años y años, y yo no podría vivir sin tí porque medio

muerta me tiene ya tu larga ausencia!... ¡Ni cómo tú has de alimentarte ahí adentro?—

—¡No te apures madre! ¡Me mantendrá



y me fortalecerá como hasta ahora el constante pensamiento en tí. Tu corazón y el mio, que á tan grande distancia se buscan y se entienden, guiarán sus inteligentes y fuertes

manos. Y tú vivirás con la esperanza, que dá incomprendibles alientos.—

Muy en breve empezaron las obras, que duraron mucho menos de lo que podía esperarse; porque nuestros amantes corazones se entendían tan bien que, ensayando cada mañana, dábamos á los obreros muy precisas indicaciones; y ellos, por su parte, empobrecidos por la escasez de agua y sabiendo que muy de sobra la habían de dejar en cuanto acabaran la gigantesca obra, se esforzaban sin descanso.

Al fin, un último golpe hundió pequeña parte de la bóveda, un rayo de la admirable luz del día iluminó mi ambiente, un grito de la tierna madre se confundió con el mío jubiloso.

Nos veíamos todos ya; pero aún faltaba enorme tarea: la de bajar á buscarme, y conmigo el agua salvadora. ¡Bajar al fondo del hantro, á más de 800 metros de profundidad!... Con cuerdas de *henéquem* y con grandes troncos de árboles, construyeron gigantesca escalera. Cuando por ella se me subió, y llegué á los brazos de la amante madre, tenía 15 años. Y desde aquel día

fuimos felices y ricos en mi casa, como ricos fueron los habitantes todos de la comarca, en que sólo abundancia de agua era preciso para obtener pingües cosechas, en el suelo en que nací.

Bendecido y agasajado y respetado acabé mi vida en la casa y en las tierras que mis paures y los padres de mis padres habitaron, enterrándoseme en la rica pirámide en que tú, ¡oh lector! me hallarás en momia de muchos siglos tal vez, con las memorias íntimas de esta maravillosa aventura de mi infancia, por arte de magia relatados al estilo de tu época, en tu lengua propia.

NOTAS

Motivo de inspiración para este cuento fué el hecho de perderse continuadas cosechas por falta de lluvias en comarcas mexicanas determinadas, y el de ser frecuente la abundancia de aguas subterráneas, muy profundas y de difícil extracción.

Las voces que precisan traducción ó explicación son:

<i>Teotecuhtli</i> .—El Jefe supremo de sacerdotes.	<i>Henèquem</i> .—Planta téxtil.
<i>Coyote</i> .—Zorro.	<i>Caetli</i> .—Sandalia.
<i>Náuyatl</i> .—Serpiente venenosa.	<i>Chalchihuitl</i> .—Turquesa.
<i>Mitziizilin</i> .—Pájaro hermoso, de plumaje verde.	<i>Quetzalitzli</i> .—Esmeralda.
	<i>Epiollotli</i> .—Perla.

Teopixque, *Huitzilopochtli* y *Cuautli* (ver página 39).—*Cuautli-Ocelotl* y *Ocelotl* (ver página 61).—*Tlaloc* (ver página 87).—*Huitziizilin* (ver página 61).

MARTIRIO DE UN PATRIOTA ⁽¹⁾

Á mi querido amiguito Pascual Rodríguez Escudero, como recuerdo de la visita que tuvo la amabilidad de hacerme cuando vino á conocer la Corte.

Desde que uso de razón tienes, hijo mío, ¡cuántas y cuántas veces hablar oíste de México, de aquella hermosísima tierra americana, hoy república independiente y próspera, ayer joya inestimable del tesoro español que no tuvo igual, mas antes campo en que se desarrolló una cultura grande como el pueblo heróico que la llevó á cabo!

Esta advertencia valga como introducción al relato que te ofrezco por hermoso ejemplo de lealtad, de heróico esfuerzo sublimado

(1) Ver la nota al final del cuento.

por especialísimas circunstancias. Y bien confío, amado amigo, en que el asunto te interese, porque es noble, majestuoso, conmovedor, expresivo de los alientos poderosos que animaron á un pueblo grande: pues las soberanas figuras que la historia de cada nación nos presenta, guerreras, santas, artistas, pensadoras, descubridoras..., son siempre expresión genuína, síntesis si quieres, del pueblo de que formaron parte; así nuestro Cid representación manifiesta es del espíritu caballeresco, hidalgo, de indomable valor y de insuperable cortesía que un día mostró por doquier, con universal admiración, el pueblo nuestro hoy ya decrepito y malaventurado hasta que la sabia nueva que en las escuelas se elabora lleve álitos de pujante lozanía á la industria, al comercio, á la política, animando y elevando nuevamente á sublime altura el espíritu de San Isidoro, de Velázquez, de Cervantes, de la Católica Reina, del Gran Capitán..., que aún se abriga y se abrigará siempre en el más recóndito lugar de nuestra noble alma para reflorar en nuestra inteligencia (hoy harto deprimida, forzoso es confesarlo aunque con pena gran-

de) en el momento en que la educación nacional lo consienta dichosamente. ¡Tú lo verás aún, amigo mío, en principios! ¡Feliz eres por ello!

—

Hubo en el viejo México un Tezozomoc, que *Tecuhtli*, ó rey como nosotros decimos, fué de los Tepaneca; rey que, aunque muy mal tratado por los cronistas é historiadores en general, puedo asegurarte por mis estudios serios que envejeció en el trono dando manifiestas pruebas de sus revelantes cualidades como político y guerrero. Cierto que fueron víctima de su valor y astucia y actividad incansable pueblos y hombres dignos de mejor suerte; pero ésta es inexorable ley de la azarosa vida de conquistas, y no por perversidad obró, ni culpable fué de repugnantes detalles que se le atribuyen como los que ponen fin á este relato.

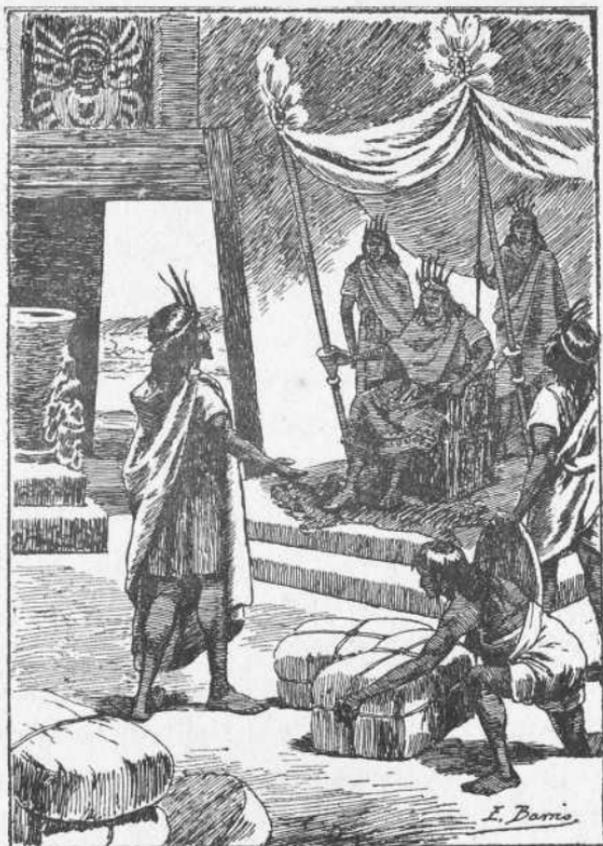
Dividido andaba el territorio del hermoso valle de México, el *Anáhuac*, en varios pueblos de diversa importancia, y Tezozomoc había concebido el pensamiento magno de hacer de todos uno bajo su dominio. Pero grave obstáculo le fué en ello Techotlalla,

tecuhтли á su vez de la gente Acolhúa, en dominios y nobleza más grande que Tezozomoc, no menos potente en militares prendas, pero inferior en audacia y sagacidad políticas. No desmayó el viejo astuto, y fiando á la paciencia, constancia y disimulo el encargo, su voluntad de hierro iba triunfando un año tras otro, sin ostentación, sin aparato, sin que importancia diera el valeroso y ardientísimo contrario á tanto pequeño triunfo de pueblecillos como en los alrededores de su capital le fué tomando, desafiándole uno y otro y otro día por su parte á campal batalla, que el zorro viejo huía prudente.

Así, cercado, estrechado, reducido más y más fué Techotlalla en su poderío; y cuando se dió buena cuenta de ello, y juzgó ya imposible resarcirse, rápido y triste caminó al fin de sus días; y en el postrero de ellos, aconsejó incansable á su hijo y heredero *Ixtlilxóchitl*, al desgraciadísimo *Ixtlilxóchitl*, sobre el mal de ruina que amenazaba al reino.

¡Todo inútil! El audaz Tezozomoc acentuó su política, y seguro de triunfar sin de-

ramamiento de sangre ni alarmas de otros reyes, dada la inexperiencia del mozuelo,



enviólo al año de su coronación gran carga-
mento de algodón en bruto con ruego de
que los muy diestros hilanderos y tejedores

de su capital Texcoco lo convirtieran en tela. Harto vió la intención en la demanda el joven rey, pero siguiendo el consejo paternal armóse de prudencia y dió placer al enemigo; como en el año siguiente, cuando al enviar partida aún mayor no suplicó ya el embajador, sino que ordenó en nombre de su rey. Pero cuando al tercer año creció el envío y la exigencia del señor que manda al tributario, el niño se acreció sin poder ni aun intentar dominarse, porque con la corona heredó valor y dignidad muy grandes; y en arranque noble dice al embajador:

—Dí á tu *tecuhtli* el *cuauhtli* altanero, que lo tomo porque preciso de ello para fabricarme los *ichcahuipilli* que yo y los míos vestiremos muy en breve para ir á castigar su ambicioso deseo y su conducta insolente; que muy pronto un día, á la hora en que las avechillas del cielo cantan al *Tonatiuch*, nuestro señor, subirá el fiero *ocelotl*, al nido del altanero *cuauhtli* y entonces turbará su vista de *coyolt* el *humo* y la *niebla* de *Tezcatlipoca*, y con su pajanza soberana lo aniquilará *Mizcoatl*.—

Esto dijo; y cumpliendo esforzado y pru-

dente su amenaza, durante mucho tiempo comprometió las armas y la astucia del anciano Tezozomoc, cuyos ejércitos llegó á derrotar de tal forma que, como costumbre era en tales casos allí, mandóle el joven rey embajada para que se reconociera feudatario suyo; y como se negara á ello, cual el rayo destructor y rápido cayó con sus tropas sobre la ciudad de Atzacaputzalco; y entonces Tezozomoc, fiando nuevamente todo á su mucha astucia y á la inexperiencia de Ixtlilxochitl, fingió someterse y dar libertad á sus gentes de guerra; cosa que por esto ejecutó muy de verdad con las suyas el nobilísimo joven, y nunca lo hiciera: que en breves horas se vió cercado de todas partes, cuando él menos podía esperarlo, en su ciudad de Texcoco, con muy numerosas y aguerridas tropas; á las cuales aún mantuvo á distancia durante cincuenta días el heróico gran caudillo, hasta que la traición brindó entrada por un barrio al enemigo.

Cuando no le fué dado hacer más por su pueblo, por su patria, por sus dioses, el joven é infortunado monarca huyó con su hijo y con unos cuantos que aún en espíritu y

cuerpo le vivían muy próximos, refugiándose en cueva de abrupta sierra cercana.

En la soledad y ocultación les falta todo alimento; el hambre va haciendo extragos en aquellos infelices... Demasiado sabe el rey que los pocos señores con cuya fidelidad podía contar aún antes del sitio de Texcoco, abandonado le habían luego; pero esperaba en el poderoso de Otompán. El monarca lo manifestó así, y no ocultó las graves dificultades que para avistarse con él veía: el enemigo los cercaba y buscaba diligente, con toda seguridad; si por acaso el de Otompán permanecía fiel á su causa, podría no ser de igual opinión su pueblo; aún en el más improbable caso de que así no fuera, y se prestaran á ayudarlos, la ciudad estaría ocupada por las tropas de Tezozomoc, como los caminos y las salidas de la sierra... ¡Era empresa de muerte el ir allá, pero la necesidad se imponía!..

Tras breves instantes de silencio, del amortecido grupo salió con decisión firme y grandes alientos el nobilísimo y joven Coacuecuenotzin, ilustre guerrero que de grandes prestigios y simpatías gozaba en todo el

reino. Su magnánimo corazón le exigía el sacrificio: estaba resuelto á inmolarse en aras



de su lealtad al rey y á la patria; y por eso con grande vehemencia dijo:

—¡Tecuhltli, gran Tecuhltli!...: Como la

serpentina corriente de agua se arroja á la mar, como el *huitzizilín* en boca de *coatl* se mete, así voy yo allá seguro de encontrar la muerte, pero deseoso de defender la santa causa tuya y del pueblo de tus mayores! ¡Yo les recordaré sus santos deberes para contigo y para con la patria!... ¡Y quiera *Mixcoatl* que oigan en mí la voz de su conciencia!... ¡Adiós *Tecuhtli* grande! ¡Que el divino *Tonatiuch* te proteja! ¡Que el divino *Huitzilopochtli* te conduzca después á la victoria! Si los servidores del viejo zorro, que acecharán para poder llegar á arrancarte el corazón, ó los que ayer tus vasallos lo son hoy del usurpador, me dieran muerte, hasta el *Mictlán* me despido!... ¡Sólo un favor suplico! ¡Que enciendas en tus entrañas nobles la antorcha de caridad para con mi mujer é hijos, en los cuales si la fortuna te protege hallarás fieles vasallos que sabrán también morir satisfechos por su rey y por su patria!—

—¡Hijo mío del corazón,... á quien siempre como á las niñas de mis ojos amé!... ¡Habla al de Otompán, y vuelve á mis brazos presto por los ocultos senderos que tu astucia

descubrirá á la ida y sabrá reencontrar á la vuelta! ¡Esperanzas grandes tengo de que mis ojos vean volver á sus amadas niñas, que ahora se les van!... ¡Pero si un negro destino te hiciera víctima inocente en la nobilísima empresa, tranquilo parte al *Mictlán*: que tu mujer é hijos lo serán míos en el quererlos y asistirlos!—

Con lágrimas en los ojos le vieron todos alejarse, recatándose siempre entre las quebraduras y fragosidades del suelo. Y él llegó al fin á Otompán, tras caminata larga en tiempo aunque en distancia corta, hablando así al señor de la región aquella:

—Bien creo, amigo, que no hayas olvidado en este breve tiempo la fé dada ante el divino *Mixcoalt* al gran *Tecuhtli* y dueño nuestro, el heróico y nobilísimo *Ixtlilxóchitl*, á nuestro *Tecuhtli*, el más valiente y digno de los dignos y valientes príncipes, y á quien tu padre y el mío nos enseñaron en el suyo á respetar y obedecer y amar!... Mas si por cobardía, por imposición, por deslealtad, por cualquier motivo — que no causa sino disculpa fuera al villano proceder—hubieras olvidado ó abandonado tus deberes, te incito á volver

al buen camino; y entonces, ya en él, te ruego que contemples con la imaginación el tristísimo estado del que ha poco dueño potente de la gran Texcoco y sus dominios fuera, dominios que aún son suyos á pesar de los atropellos del ambicioso *coyotl*, pues en justicia le pertenecen: refugiado en pequeña cueva con unos cuantos valientes dispuestos á dar con los de su buen *tecuhtli* latidos de corazón y arroyos de sangre, te implora por mi intercesión auxilios, primero para alimentarse y vivir (que sin esto nada hay posible), después para resistirse en su retiro y para volver á ocupar el trono de su glorioso padre, que es dar libertad al pueblo, á la patria amada!...—

—¡Coacuecuenotzin! ¡Intrépido Coacuecuenotzin!...: Porque te quiero bien, y porque admiré siempre tus grandes virtudes guerreras, y porque de estupor me llena tu acción heroica, quiero y debo auxiliarte! ¡En vano me suplicarías en el sentido en que lo hiciste!... ¡Ni ya Ixtlilxóchitl podría volver á ocupar el trono texcocano, ni prudencia fuera en mí, siendo posible, perder poderío y vida por defender su causa! ¡Y tú,

qué adelantarás en el camino emprendido, amigo?... ¡Imposible fuera hacer llegar allí socorro alguno! ¡Abandónale, pues! ¡Queda aquí, á mi lado, y nadie te molestará en nada! ¡Al contrario, por mucha honra tendrá Tezozomoc el por auxiliar poder contarte!—

—¿Qué es lo que me propones, desleal miedoso, infame traidor! ¡El noble texcocano morirá cerca de su señor defendiéndole, ó lejos de él en cumplimiento de sus deberes! ¡Imitar tu deslealtad criminal?... ¡Mil veces la muerte antes!—

—¡A tus grandes méritos debes tu salvación, Coacuecuenotzin!... Puesto que mi proposición la rechazas ofendido, y pues que acceder á tu demanda ni puedo ni quiero, aun á pesar de tus insultos intentaré salvarte de otro modo: Te acompañaré hasta donde el peligro no sea inminente, porque no mueras de seguro cayendo en las manos de los tepaneca.—

—¡Ni quiero de traidores á su tecuhtli y á su patria acompañarme, ni puedo ni debo marcharme así, sin lograr mi noble intento, porque el señor de Otompán se niegue á lo que seguramente su pueblo, más fiel á la

santa causa y menos inhumano y cruel no se negará, con sangrienta lección de nobleza de sangre para su innoble jefe!—

—¡Coacuecuenotzin, amigo mío, no te ciegue el juicio tu amor al tecuhtli destronado!... El miedo, la ambición, como tu quieras decir al hecho, tiene subyugado en alto grado á mi pueblo, que aclamando al triunfante Tezozoumuc irán, como se les mande ir, contra Ixtlilxóchitl huido; mi pueblo, que á mí mismo daría muerte si compasión no más mostrara yo por el caído!... ¡Así es la vida, hijo mío! ¡Renuncia, pues, á tus descabellados propósitos, porque no has de lograr con ellos lo pretendido, y por seguro tengo que en el intento perderás la vida!—

—¡El *Ilhuicatl-Tonatiuch* me aguarda allá arriba, cobarde vil! ¡Allí, en la compañía del gran señor *Tonatiuch*, hallaré recompensa á mi lealtad, viviendo en el eterno día y en el perpétuo goce de aquella hermosísima llanura en que veré al potente y eterno dios en su salida deslumbradora, porque verle podré á través de mi *chimalli*, aguceado como el cuerpo por los *tlacochtli* del enemigo en la santa defensa del rey y de la

patria! *Mixcoatl* me acompaña para ir á recordar sus deberes á tu pueblo, deberes que su señor no escucha!—

Y diciendo así, noble y digna y animosamente se dirigió el héroe al *tianquiztli* en que el gran concurso del pueblo estaba apiñado, comentando los gravísimos sucesos de aquellos días. Ó no pensó en la muerte, ó pensando en ella la despreció ante la grandeza de su causa; y rompiendo por entre el apiñado gentío, se colocó en sitio alto para recordar con gran ardimiento y conmovedoras frases al pueblo sus deberes, tratando de excitar los ánimos á favor del tan desventurado como dignísimo Ixtlilxochitl, de su demanda justísima, asegurándoles muy grande recompensa en los dioses, que no miran indiferentes las acciones nobles; y aún aseguró triunfo contra el usurpador, y así libertad para la patria y para cada uno de sus hijos, como ellos auxilién valerosos al legítimo y buenísimo monarca, á quien todo lo deben y que se ve no obstante reducido á pedirles por caridad auxilio.

Mientras habló vehemente y enternecido, religioso silencio reinó porque la nobleza se

impone. Pasados breves momentos, murmullos de burla y desprecio, ridículos gestos,



griterío y silboteo infernal, todo creciendo como el ruido confuso de la tempestad que arrecia amenazadora; y aunque en largos

minutos no pasó á vías de hechos la manifestación en contra de lo dicho por el nobilísimo jóven que sobre el pecho sus brazos cruzados aguardó sereno la apetecida calma para hablar de nuevo, la primera piedra lanzada contra él cayó muy cerca, y señal fué ella para que todas las manos se deshonraran lanzando una nube de otros guijarros que lo derribaron muerto; alzándole del suelo la saña fiera que infernales furias encendiera en tanto pecho incúo, para concluir su maldita obra descuartizando al modelo de vasallos!...

.....

El infeliz monarca sucumbió también en breve al peso de su infortunio, defendiéndose heróico á la cabeza de los suyos cuando de todas partes acosado fué como por jauría enardecida desfallecido corzo!...

¡La tierra es levísima á los héroes, hijo mío, y éste es el gran consuelo de las honradas almas que cual la tuya se conmueven ante el infortunio ajeno y ante el sacrificio noble, abriendo en duelo los claros manantiales de sus ardientes lágrimas!

NOTAS

—

Tecuhtli, el *Cuauhtli*.—Águila.
Ichcahuipilli.—Sayo-coraza de tejido fuerte de algodón que protegía grandemente al guerrero contra los tiros de flecha.

Tonátiuch.—El dios Sol.

Occlotl.—Tigre.

Coyotl.—Zorro.

Humo y la niebla de Tezcatlipoca.—El dios Luna.

Mizcoatl.—El dios de la guerra.

Huitzivilin.—Colibrí.

Coatl.—Serpiente.

Huitzilopochtli—El dios de los guerreros, y el supremo en la vida oficial.

Mictlán.—La región ó morada de los muertos.

Ilhuicatl-Tonatiuch.—La casa ó morada del Sol, prometida al guerrero que moría en el fiel cumplimiento de sus deberes.

Chimalli—Escudo.

Tlacochtli.—Dardos.

Tianquiztli.—Plaza del mercado público.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	3
Tlal, el enamorado	5
La sentencia de un mexicatl.....	41
El sagrado baño	65
Una madre	89
El Corcovado	107
¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!.....	135
El Agua salvadora ...	155
Martirio de un patriota	179



CUENTOS PARA LOS NIÑOS

(EDICIÓN RODRÍGUEZ)

Preciosa biblioteca de cuentos morales en elegantes tomitos de 16 páginas, ilustrados con preciosos y artísticos fotograbados y encuadernados con cubierta en cartulina con elegantes y aluxivos cromos en diez colores.

Noventa tomitos diferentes é inéditos, escritos por distinguidos literatos como Frontaura, Salvá, Bueno, Ossorio y Bernard, Benjam, Pérez Nieva, Vidal, Yanguas, Carbonell, Fuentes, Eguiluz, etc., etc.

Constantemente se publican tomos nuevos. En preparación hay dieciseis.

10 céntimos de peseta ejemplar

Todos tienen la aprobación eclesiástica

Dirigir los pedidos á los

**HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ,
BURGOS**

MUSEO DE LA INFANCIA

Linda é interesante Biblioteca de originales leyendas, cuentos y narraciones morales, escritos expresamente para esta colección por distinguidos escritores y maestros como Pérez Nieva, Frontaura, Yanguas, Bueno, Carretero, Francés, Benejam, Ossorio y Bernard, Vidal, Carbonell y otros.

La colección se compondrá de 50 tomos en 8.º mayor (175 × 118 milímetros) de 128 páginas, impresas en magnífico papel ahuesado, adornadas con artísticos fotograbados y encuadernados con lujosas y alusivas cubiertas al cromo en diez colores y oro.

TOMOS PUBLICADOS

Los Niños caritativos, La Hija del desterrado, Emilín, Socorrer al necesitado, La Tortilla de Magia, La Tiranuela, El Cristo Yacente, Antoñito, Enriqueta, Batalla campal, Luisito, El Pequeño aeronauta, La Bruja, La vuelta de la guerra, Un Héroe infantil, Las Mariposas y El Abandonado.

En preparación otros dieciseis más.

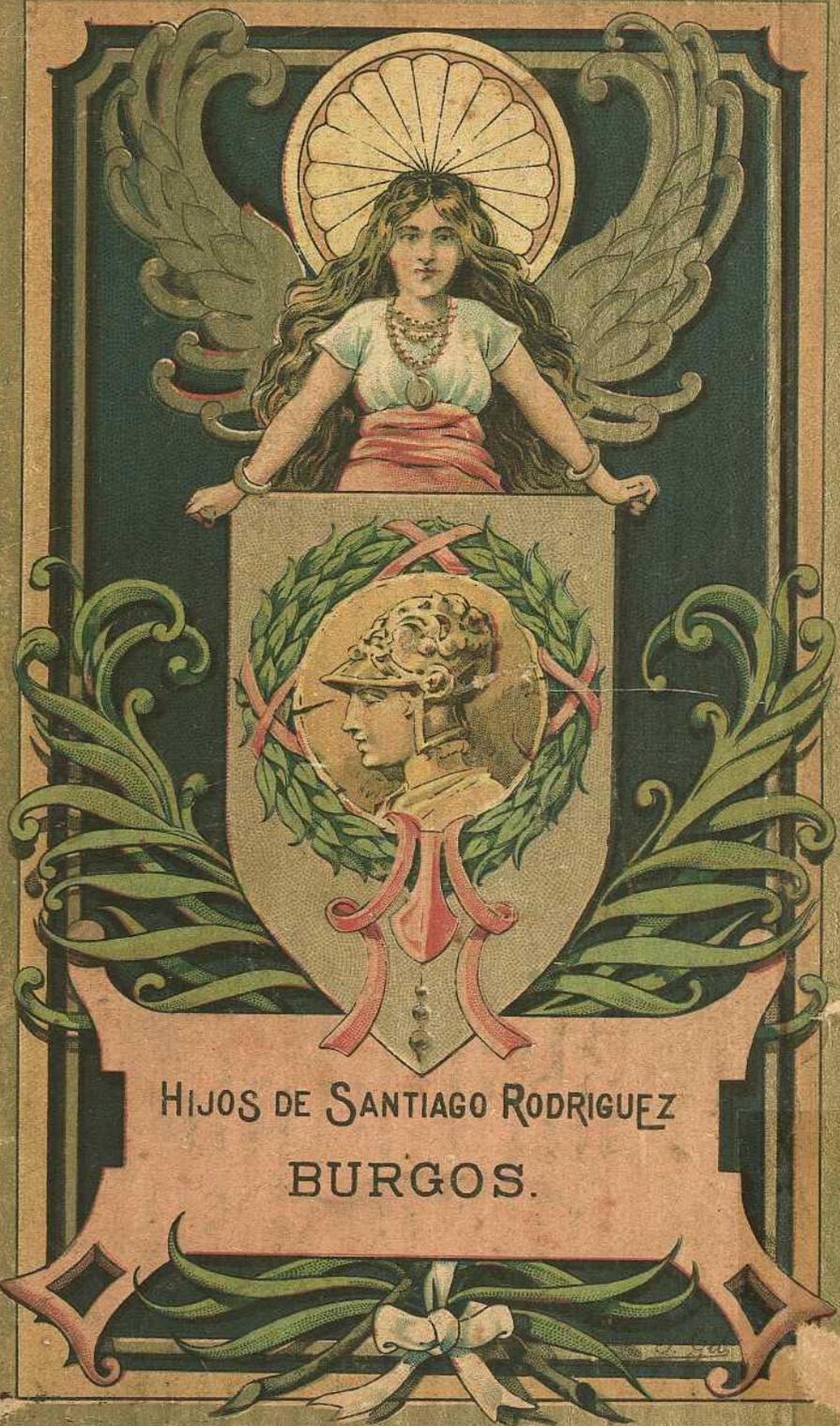
75 céntimos de peseta ejemplar

Dirigir los pedidos á los **Hijos de Santiago Rodríguez**, Burgos.









HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ
BURGOS.

G 24328

THE CANADIAN
GEOGRAPHICAL
MAGAZINE

VOL. 10
PART 1
1911